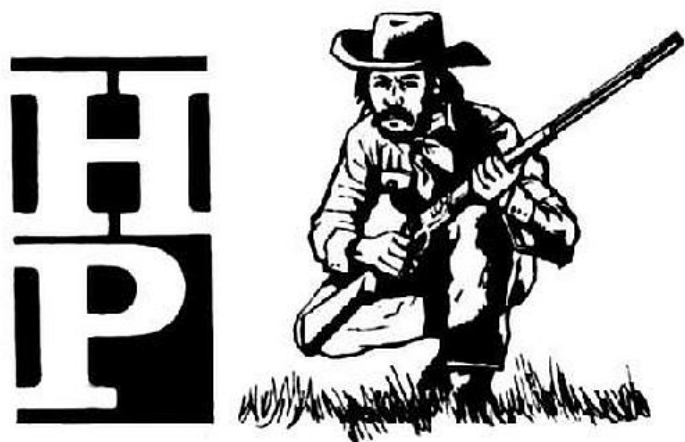
HEROES DE LA PRADERA

BRUGUERA



Silver Kane

LOS PISTOLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

LOS PISTOLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 761
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

LOS PISTOLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS

SILVER KANE

Colección **HEROES DE LA PRADERA** n.º 761
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

2.ª edición en esta colección en España: mayo, 1985
2.ª edición en esta colección en América: noviembre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de
Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84 02 02524-2

Depósito legal: B. 11.487 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152, km 21,650.
Parets del Vallés (Barcelona) 1985

CAPÍTULO PRIMERO

El juez Clem entró en la cárcel y gritó:

—¡Eh, señor Telebuantekelt!

Fulton estaba tumbado en la litera. Se levantó con gesto infinitamente aburrido.

—¿Qué le ocurre? ¿Va a acusarme ahora de haberle robado sus plumas a un apache?

—No, señor Telebuantekelt Quiero interrogarle de nuevo sobre las ilícitas actividades a que hasta ahora, tan inconsciente como impunemente se dedicaba.

¡Ya estaba otra vez! ¡Clem con sus parrafadas! Fulton se apoyó en los barrotes y empezó a mirarle de arriba abajo.

—¡Qué chato va, juez!

Clem, en efecto, estaba deslumbrante aquella mañana. Vestía un conjunto de levita y pantalón grises que hubiera envidiado el mismo Brummell. Camisa blanca con botonadura de perlas, guantes de cabritilla, botines blancos, brillantes botas de charol, el anillo de las mil aguas, un lazo de seda y un sombrero de copa también gris, cuidadosamente cepillado. El mismísimo presidente no se vestía mejor ni en el día de la Independencia.

—¡Algún día me hartaré, abriré esos barrotes y le romperé la crisma, señor Telebuantekelt!

—¿Ah, sí? ¡Hágalo, guapo! ¡Se muere del susto si me ve salir!

Las facciones de Roben Fino Clem se volvieron rojas.

—Muy señor mío: ¿Pretende usted insinuar que tengo miedo? ¡Pues prepárese, porque le voy a dar una oportunidad!

Volvió la cabeza y gritó:

—¡Carcelero!

El llamado acudió como un rayo. La posibilidad de ver cómo se

atizaban el maniquí del juez y el granuja de Fulton era para sacar de sus casillas a cualquiera. Hubiese abierto la puerta en este momento, aun de tener que destrozar la cerradura a mordiscos. Fulton Tele, en cambio, se quedó como quien ve visiones.

—Oiga, juez, ¿pero de veras quiere que hagamos eso? ¿De veras desea que le fabrique otra cara?

—¡El que va a fabricártela seré yo a ti, granuja!

El mismo juez fue quien terminó de abrir la puerta de un puntapié. Fulton quedó libre.

—¡Piense que lo va a lamentar, juez!

—¡Ya lo he oído! ¡Cállate y ataca!

Con un gesto de resignación, como si no tuviese más remedio que triturarle al primer puñetazo, Fulton atacó. Su puño derecho fue recto a la barbilla del juez, combinando con un gancho de izquierda que le había de alcanzar el estómago. Y entonces, al encogerse la víctima, el puño derecho funcionaría otra vez, en forma de nuevo gancho al mentón que dejaría viendo las estrellas al que hubiese recibido aquel triple golpe. Pero en lugar de eso ocurrieron estas tres increíbles cosas.

Primero, el juez Clem esquivó el directo al mentón.

Segundo dio un salto de costado.

Y tercero, propinó un cruzado al pómulo de Fulton que lo envió hecho un ovillo contra la pared frontera.

El preso sintió un vivísimo dolor y una especie de atontamiento, pero sobre todo asombro. El asombro pareció dejar rígidos sus miembros.

—Lo lamento, señor Telebuantekelt, pero eso no es más que el principio.

—¡No vuelvas a llamarme señor Telebuantekelt!

Se lanzó a la carga otra vez, ahora con más energía y menos petulancia, pues estaba visto que, pese a todo, su enemigo no era un novato. Y como Fulton era una especie de fiera en cuanto se decidía a pelear bien, cazó a Clem. Un directo fue a la sien del juez, otro a la barbilla y un tercero al hígado. Clem se arrugó lentamente como un flan que se deshace.

—¿Qué le ha parecido esto, honorable señor juez?

Y el guardián, entusiasmado, contestó por él:

—¡Magnífico!

—Acabemos, pues —dijo Fulton—. No le haré sufrir mucho.

Y levantó su derecha. Pero en ese momento la derecha de Clem, que estaba apoyada en la pared, cobró súbito movimiento. Detuvo el golpe de Fulton mientras la izquierda se movía, alcanzando en un fantástico impacto el rostro del pistolero. Éste cayó hacia atrás, semiinconsciente, tocando con sus espaldas al carcelero, quien lo rechazó hacia adelante. Y adelante estaba Clem, quien de otro contundente zurdazo envió a Fulton contra los barrotes. Éstos se marcaron en la espalda del pistolero de tal forma que tuvo la sensación de que iban a quedar impresos en su piel durante toda la vida.

—¿Qué le ha parecido esto, señor Telebuantekelt?

—¡Colosal! —aulló el carcelero, quien hubiese dado la paga de seis meses porque aquello continuara toda la mañana.

—¡Guárdese sus comentarios, señor auxiliar de la justicia, y vea cómo los que infringen la ley son al fin castigados, recibiendo una ejemplar lección por las transgresiones y delitos cometidos contra las normas que la sociedad impone!

¡Otro discurso! Fulton sintió que castañeteaban sus dientes.

—¡Voy a hacerte callar de una vez, muñeco!

Se lanzó al ataque y golpeó a ciegas, al buen tuntún, buscando tan sólo castigar a su enemigo. Pero éste demostró que no era manco, ni mucho menos, y que tenía la resistencia de un buey. Encajó varios golpes terroríficos sin retroceder un paso, y en cuanto Fulton abandonó un poco la guardia, le conectó otro zurdazo que le partió limpiamente una ceja y le llenó el rostro de sangre. Iba a aplicar otro, que posiblemente sería definitivo, y Fulton se disponía a replicar a su vez cuando el guardián chilló:

—¡El *sheriff*!

Rápidamente, Clem arregló sus ropas y procuró borrar de su aspecto exterior las huellas de la pelea. No lo hubiese conseguido, pues estaba despeinado y con marcas sangrientas en todo el rostro. Pero quiso la fortuna que el *sheriff* no se dirigiese a la cárcel, sino a su oficina, que estaba unas puertas más abajo. Oyeron su taconeo característico por encima de las tablas del porche, junto a la puerta y luego silencio.

—Ha pasado —dijo el guardián. Y luego, con los ojos encendidos —: ¿Continúan?

—Yo, no —contestó Fulton, llevándose la mano a la ceja partida —. ¡Diablos!

—En tal caso, sugiera al señor la conveniencia de que se retire a sus habitaciones particulares —indicó el juez Clem, dirigiéndose al carcelero—. Por hoy, ya ha disfrutado convenientemente de las delicias del aire libre.

Fulton, obediente, se retiró a su celda, y con un suspiro de alivio, se tumbó sobre su colchoneta. La verdad es que le dolía todo el cuerpo y que allí estaba mejor que en ninguna parte. Si en aquel momento le hubiesen concedido la libertad habría sido capaz de decir que no, que no salía.

Clem se sentó en un banquillo, frente a las rejas, y miró a Fulton. No lo hizo como un juez a un preso, sino que en sus ojos había cordialidad. Había un poco de admiración incluso, como la que sentiría un boxeador ante un contrario que hubiese sabido mantenerlo a raya.

Clem extrajo dos delgados cigarros del bolsillo superior de la levita y lanzó uno a Fulton, que lo cazó al vuelo.

—Oiga, Clem, ¿qué se propone?

—No le entiendo. ¿Qué me propongo sobre qué?

—Sobre la ciudad, sobre los pistoleros que la infestan. ¿En serio ha pensado acabar con ellos?

—Sí.

—Pues mire, amigo, si es que quiere aceptar el desinteresado consejo de uno del gremio, cambie de táctica. No conseguirá nada con tanto interrogatorio, con tanta legalidad, con tanto «señor» por aquí y «señor» por allá. Nosotros, ¿sabe?, no entendemos más lenguaje que el que para entrar necesita hacer antes un agujerito en la piel. Si usted hubiese venido aquí luchando como un pistolero más, habría acabado enseguida con la plaga. Pero los que actúan en la comarca se sienten protegidos por la legalidad que usted mismo ha instaurado. Saben que no estarán detenidos una hora más de lo que corresponda, saben que usted en los juicios, exige que las pruebas sean tajantes y definitivas o de lo contrario advierte al jurado para que no las tenga en cuenta. Con esto, desde luego evita que se pueda cometer alguna injusticia, pero los pistoleros crecen aquí como los hongos. Por otra parte, usted no consiente que el *sheriff* interrogue brutalmente a los detenidos. En fin, me atrevo a

asegurarle que con esa táctica está usted condenado al fracaso. De hecho, ha fracasado ya.

Aun en una tierra tan sin ley como era Texas en 1865, no resultaba frecuente que un pistolero detenido hablase al juez con aquella claridad, y por eso Fulton creyó que Clem se enojaría. Pero no ocurrió así.

—¿Cree que no me he dado cuenta, Fulton? —preguntó al fin.

—Ya sé que usted lo ha visto, juez. Es lo bastante despierto para saber si es eficaz o no lo que hace. Pero entonces, ¿por qué no cambia de procedimiento?

—Me lo impide la conciencia.

Hacía siglos que Fulton Telebuantekelt no oía hablar a nadie de su conciencia. Se levantó, interesado y pegó la cabeza a los barrotes.

—¡Basta! —Rugió Fulton—. ¡No ha hecho usted más que marearme desde que me echó el lazo, juez! Y vuelvo a repetírselo: ¡así sólo conseguirá que se rían de usted!

—¡De mí no se ríe nadie! —Rugió a su vez Clem—. Que yo sepa —terminó con voz tímida—. Bueno, tal vez usted tenga razón, Fulton, pero yo no puedo obrar de otra manera, porque no soy quién para hacer más o menos de lo que la ley diga. Y lo malo —se acarició la nuca, pensativo— es que por fin me destinan a Abilene la semana próxima.

Abilene tenía la fama de ser la ciudad más sangrienta de Texas. Fulton quedó sin respiración.

—¿Sabe lo que eso significa, juez? ¡Si en Abilene no cambia de táctica, tendrá que acabar usted pegándose un tiro!

El carcelero, aburrido por aquella conversación que al fin y al cabo no le interesaba, salió al porche. El juez y el detenido quedaron solos.

—Mire, juez, yo pienso cambiar de vida —manifestó seriamente Fulton—, con mi único dinero he puesto un anunció en varios periódicos de la costa atlántica y el oeste central, pidiendo relacionarme con una muchacha a efectos matrimoniales. Una muchacha seria, pobre, honesta, que haya sufrido mucho y sepa comprender a uno que ha sufrido también. ¡Ah, y que sea rubia y gordita! Una cosa, ¿sabe?, no tiene que ver con la otra. Ya he recibido algunas cartas y las he hecho contestar. Bien, pues con eso

quiero decirle que ya no soy el mismo que entró en esta celda hace dos semanas. Y crea que tendría un alegrón si yo pudiera demostrarle que anda equivocado con su dichosa táctica. Sé que digo una estupidez solemne, pero si yo fuera usted, y usted pudiese ser yo durante una temporada, la ley saldría ganando en Abilene y en cualquier otra parte de Texas. Porque una vez investido de los poderes judiciales, sabría cómo escarmentar a los pistoleros mientras que usted, viviendo entre ellos, aprendería a conocerlos bien. Claro que esto…

Se detuvo, perplejo, al ver la cara con que le estaba mirando el juez Robert Clem.

—Señor Telebuantekelt, si usted y yo cambiásemos de personalidad al llegar a Abilene, ¿sería capaz de lavarse la cara y afeitarse todos los días?

CAPÍTULO II

Aunque no tan rica ni próspera como las ciudades de la costa, Louisville era lo bastante importante para que las mujeres que en ella vivían supiesen admirar y envidiar las pieles y los vestidos lujosos. Y por eso, Elizabeth Weber se había traído a la ciudad lo más rico, original y elegante de su joyero y su vestuario.

—¡Suzy! —llamó con voz estridente y autoritaria—. ¡Suzy!

Suzy Vermont estaba leyendo un periódico, cosa inconcebible. Y no se molestó en acudir, aunque su dueña se desgañitaba:

—¡Suzy! ¡Suzy! ¡Suzy!

Vino al fin, llevando aún en sus manos el papel impreso. Elizabeth estaba esperando que le atase el corsé, y la recibió con expresión furiosa.

—¡No sé cómo te soporto, Suzy! ¡No me sirves para nada!

—Ni yo sé cómo la soporto a usted, señorita *mademoiselle*.

—Si quieres demostrar que sabes idiomas, moléstate primero en aprenderlos, Suzy. Lo que acabas de decir es una ridiculez. ¡Todo en ti es ridículo! —concluyó altaneramente.

—Y en usted. ¡Mira que ponerse ese corsé…!

—¡Tú también te lo pondrías, si pudieses comprarte uno!

—¡Quiá! Yo tengo cintura, señorita *mademoiselle*. Yo no lo necesito.

—¿Pretendes con eso insinuar que mi tipo necesitaría corsé si no lo exigiese la moda? ¡Mira! ¡Mira qué cintura tengo!

Y se despojó del armatoste. Y Suzy Vermont tuvo que reconocer que aquella engreída de Elizabeth tenía una cintura como para exhibirla en un museo.

—Está bien, la ayudaré a ponerse el corsé —dijo—, pero es usted una pedante.

—¿Qué leías en el periódico? —preguntó tratando de ser condescendiente.

—Una oferta matrimonial.

—¿Una qué?

—Una oferta matrimonial, ya se lo he dicho. Y, por cierto, la contesté hace días, y hasta he recibido respuesta. Ahora solamente estaba repasando el anuncio.

—¡Ah, claro! Olvidaba —respondió, mordazmente Elizabeth— que una mujer como tú no puede casarse si no es contestando a los anuncios de los periódicos.

Suzy no contestó. Pero como estaba ligando el corsé, se dedicó a apretar un poco más, otro poco.

—¡Aaaaaayyy!

—¡Pero, señorita *mademoiselle*, si yo sólo lo estoy amoldando a su cintura!

—¡Voy a despedirte, Suzy! ¡Y voy a hacerlo… ahora mismo!

Se volvió y propinó una seca bofetada a la muchacha. Ésta, ni corta, ni perezosa, se la devolvió. Nueva bofetada de Elizabeth, respuesta de la sirvienta, dale que te atizo de la dueña… Durante tres o cuatro minutos continuó aquel duelo frenético, golpeándose las dos mujeres cada vez con mayor rapidez y dejándose las caras como dos amapolas. Por fin, un golpe y una respuesta más fuerte que las anteriores, dieron con las dos mujeres en tierra.

—Oiga, señorita *mademoiselle* —dijo Suzy Vermont, llevándose la mano a la dolorida cara—, ¿sabe que nunca hubiera creído que una mujer tan finolis como usted atizase de esa manera?

—Y yo nunca hubiera creído que una chica tan insignificante como tú tuviera tanta fuerza en los brazos. ¡Me has dejado la cara de un modo que no podré ponerme colorete en dos semanas!

Suzy se levantó y ayudó a hacerlo a Elizabeth.

—Perdone, señorita. Es que… he perdido los nervios.

—Y yo también. Pero, además, soy yo quien tiene la culpa por haber empezado y porque estoy más obligada que tú a contenerme. Lo siento, Suzy. No… No volverá a ocurrir.

—Claro que no volverá a ocurrir. ¡Si me despide…!

—Es que tampoco pretendo despedirte, Suzy. Eso sería injusto. Puedes continuar conmigo todo el tiempo que desees, y únicamente te ruego que no te burles tanto de mí.

Suzy abrochó el corsé a Elizabeth con todo cuidado. Y cuando estaba a punto de terminar, dijo tímidamente:

—Señorita…

—¿Qué quieres, Suzy?

—¿Por qué se estropea usted misma de esta manera? Siendo por naturaleza una mujer agradable y buena, ¿por qué se empeña en vivir solo para el lucimiento de vestidos costosos, para deslumbrar a los otros con joyas, para ser la más envidiada, la más…? ¡Oh, no sé cómo decírselo! Yo creo que la vida tiene que ser más sencilla y más justa. Usted no se da cuenta de que su lujo ofende a los que no tienen un mal vestido para cubrirse. No quiere ver que, sólo por este hecho, hay gente que la odia. Si yo estuviera en su lugar, viviría de otra forma.

—Suzy… —musitó.

—Dígame.

—¿Tú serías capaz de llevar con distinción mis vestidos, de cambiar y ser una mujer educada si yo te facilitase los medios para ello? Mira: nosotros vamos a marchar a Abilene, donde pronto ha de hallarse el que será mi prometido. ¿Quieres hacer el viaje con nosotros?

Sus ojos brillaban y estuvo hablando más de media hora.

CAPÍTULO III

Finalizada la Guerra de Secesión, comenzó para algunas ciudades del sudoeste la verdadera historia.

No es ciertamente la que entonces forjaron una historia apta para ser explicada a los niños en una escuela dominical, puesto que es una historia que sólo los mayores comprenden y sólo ellos pueden justificar. En todo caso, el crecimiento fabuloso de esas ciudades y la negra leyenda de que inmediatamente se vieron rodeadas se explica en gran parte por la guerra que durante cuatro años enfrentó a los Estados del Norte con los del Sur.

Tucson y Phoenix en Arizona, y Dallas y Abilene, en Texas, podrían encabezar una historia de las ciudades sangrientas del sudoeste.

¡Y a Abilene, uno de los más peligrosos e indomables lugares de la Tierra, había sido destinado el juez Robert Fino Clem!

El supremo gobernador del hampa en la ciudad era un personaje llamado Stephen Kley el Duque. Él tenía en su mano todos los garitos y antros de vicio de Abilene, y, naturalmente, la más poderosa corte de pistoleros que había en la ciudad.

Aquella noche se discutió qué actitud habría que adoptar ante el nuevo juez, quien tenía anunciada su llegada para unas horas más tarde. Los reunidos eran el *sheriff*, El Duque, Elena, una bailarina de la que no se separaba nunca y que refulgía por su belleza, un alguacil y cinco pistoleros entre los que se contaba lo más siniestro del hampa de Abilene.

—Yo soy partidario de no hacer ninguna clase de recepción al juez —decía en este momento el *sheriff*—. Démosle la impresión de que Abilene es una ciudad atareada y próspera, donde a nadie importa nada la llegada de tal o cual personaje. Ello contribuirá a

que Clem vea disminuida la sensación de su propia categoría. Se pondrá a trabajar rutinariamente, y como todos conocemos sus métodos, contando además con mi ayuda, ya que puedo hacer desaparecer de su mesa los documentos más comprometedores, no creo que haya nada que temer.

—Estoy de acuerdo con él —declaró el alguacil, como no podía ser menos.

—Pienso, no obstante —dijo El Duque—, que atemorizar a ese hombre la misma noche de su llegada no estaría de más.

El Duque era un hombre joven. No tenía aún treinta años, quince de los cuales habían sido ocupados íntegramente en amasar oro y exterminar a cualquiera que estorbase. Su fortuna era una de las mayores de Texas, y su imperio sobre la ciudad uno de los más sólidos y estables. Esto le había dado una sensación de seguridad y de potencia que fue lo que le movió a hacer aquella proposición claramente agresiva.

—¿Ha reflexionado bien? —Gruñó el *sheriff*.

—Naturalmente que sí. Nunca hablo sin haber reflexionado antes. Creo que, si ese Robert Fino Clem llega a una ciudad para él desconocida, y ya la primera noche se le pone claramente en ridículo, carecerá de fuerza moral para atacarnos en lo sucesivo. Sólo pensará en abandonar la ciudad cuanto antes, y no se preocupará de su cargo. Para ello propongo lo siguiente.

Se volvió hacia sus pistoleros y señaló a Turpon, que era el más cruel, salvaje y eficaz de todos ellos. Compraba revólveres nuevos cada vez que había seis muescas en cada uno de ellos, y era rumor general que cada año se le veía entrar en la armería, por tener ya agotado el espacio.

—Tú, Turpon, merodearás por la barra del Carpet. Yo invitaré a Clem a beber una copa apenas entre en la ciudad, y charlaremos un rato mientras nos sirven. Por allí estará también Elena. Tú, Turpon, te acercarás a ella y tratas de besarla. Ella se defenderá y gritará. Nosotros fingiremos tenerte miedo y no atrevernos a desenfundar las armas. El *sheriff*, además no estará por allí; diremos que ha tenido trabajo en otro sitio. ¿Qué crees que hará el juez al ver que tú estás insultando a Elena y que nadie se atreve a defenderla?

—¡Hum! Pues «sacará». A ello le obliga su cargo de defensor de la ley.

—Exacto. Y como ese buen hombre no sabe tirar, le desarmarás fácilmente y luego le harás bailar un zapateado disparándole a los pies. Será la mar de divertido. Por fin cuando haya quedado en ridículo hasta la saciedad, intervendré yo, y tú fingirás acobardarte. De este modo seré siempre el hombre que le ayudó una vez, y estará obligado conmigo.

—¡Magnífico! —Aplaudió Turpon con los ojos brillantes de gozo —. ¡Será un espectáculo como para no olvidarlo nunca!

—El mejor espectáculo que se haya representado jamás en el Carpet. ¿Os imagináis a ese presumido de Clem bailando como un condenado en cuanto Turpon le dispare a las puntillas de sus zapatitos de charol?

Hubo una carcajada unánime, mezclada a golpes sobre la mesa y puntapiés en el suelo.

No se habían disipado aún las carcajadas, cuando entró en la sala uno de los guardaespaldas de Kley.

—Jefe, ese juez nuevo se ha anticipado; está a punto de llegar. Viene en un coche muy lujoso tirado por cuatro caballos. Morrison acaba de darnos la noticia.

—¡En tal caso hay que actuar inmediatamente! —Gritó Kley—. ¡Vamos, todos fuera!

Cortó el paso a Elena antes de que ésta saliese.

—Tú, quítate las pulseras y abróchate el escote. Tienes que parecer una chica modosita, aunque sea una sola vez en tu vida.

Gritó al guardaespaldas que acababa de traerle la noticia.

—Encárgate de que el coche en que viaja ese hombre se detenga frente al saloon. Yo saldré a recibirle: le estaré esperando en el porche. Los demás estaréis a mí lado en actitud respetuosa. ¡Y tú, Turpon, estarás sentado a una mesa, como si no tuvieras que ver nada con nosotros!

—De acuerdo, jefe. Llevo la carga completa en los cilindros. Le aseguro que ese mequetrefe bailará un buen rato.

Salieron todos en el momento en que un carruaje tirado por cuatro caballos enfilaba la entrada de la calle.

Ya en un principio los caballos que tiraban de él estaban adornados con cinchas y correajes en los que había apliques en oro. Magníficos plumeros oscilaban sobre sus testas. El coche era color caoba y estaba barnizado y abrillantado por mano de maestros.

Tenía también apliques de oro, y en su interior estaba tapizado en seda. Por fin, los dos cocheros no iban vestidos como vulgares *cowboys*, al estilo de la época, sino que llevaban levita, sombrero y una lujosa capa, como en las más ricas y tradicionalistas ciudades europeas. En fin, un espectáculo.

Como no era presumible que ningún particular de Texas tuviese un coche así para viajar por las infernales rutas del país, El Duque dedujo que Robert Clem lo habría alquilado expresamente para aquel viaje, sacándolo de casa de algún anticuario de Huston. Y no se equivocaba.

Pero esto, pensó, haría el espectáculo mucho más divertido.

Al ver el numeroso grupo de ciudadanos detenidos frente al Carpet, los cocheros pensaron que aquél era el comité de recepción, y detuvieron el trote de sus cabalgaduras.

La portezuela se abrió y descendió un hombre.

—¡Diablos, qué hombre!

Los miembros del Círculo de Damas Honestas de la ciudad que se encontraban por las cercanías, lanzaron un unánime suspiro al verlo.

Tenía la estatura, las proporciones y la armonía de líneas de un Adonis. Su rostro, cuidadosamente afeitado, era sonriente y cordial. Vestía impecablemente de gris, con zapatos de charol y guantes de cabritilla. La botonadura de su camisa era de perlas, y sus dedos estaban repletos de anillos.

El Duque se quedó boquiabierto al verlo. Tenía justa fama de ser el hombre más elegante de Abilene, pero este recién llegado le dejaba en pañales.

En los ojos del recién llegado hubo, al ver aquel comité de recepción, un brillo divertido.

—Considérenos a sus pies, milord —saludó Kley, burlándose claramente de él—, y ténganos por deslumbrados ante su magnificencia y su prosapia. ¿Honrará este humilde establecimiento tomando unas copas en nuestra compañía?

—Con mucho gusto, caballeros…

Y echó a andar majestuosamente hacia el interior del saloon. Pero como, por lo visto, no estaba acostumbrado a andar con tanta prosopopeya, dio un traspié al cruzar el umbral y faltó muy poco para que fuera de narices al suelo. A su espalda se escucharon risas

ahogadas. Kley tuvo que morderse los labios para no soltar la carcajada.

Las inacabables hileras de botellas que adornaban las paredes del Carpet, se mostraron entonces a los ojos del recién llegado. E, inmediatamente, cambió la cosa.

Fulton Telebuantekelt, a quien ya empezaban a molestar las ropas del juez, no había visto jamás tanta bebida junta. Lanzó un silbido de gañán que dejó mudos a los que iban a su espalda.

—¡Cuerno!

—Parece que le ha agradado nuestro saloon, orgullo de la ciudad —se apresuró a decirle Kley.

—En efecto. ¡Qué botellas! ¡Qué… mujeres!

Y los ojos del flamante juez rodaron de las bailarinas a las botellas, y de las botellas a las bailarinas otra vez. Su actitud no era, desde luego, la más adecuada a un alto administrador de la justicia.

—Bebamos —propuso El Duque, un poco perplejo—. ¿Quiere honrarnos, milord, acercándose a la barra?

—Sí, sí. ¡Claro!

Kley fue a servirle de una botella de ginebra, llenando una copa diminuta, pero el juez le interrumpió:

—No, no, por favor… ¡La botella!

La tomó de manos de Kley, antes incluso de que éste hubiera comprendido. Y, levantándola por encima de su cabeza, comenzó a beber a chorro, como un pirata, lanzando, de vez en cuando, ronquidos de satisfacción. Los espectadores no sabían si aquello era cierto o estaban soñando. El Duque se puso lívido.

—Oiga, pero ¿dónde le han enseñado a beber de esta manera?

Fulton no respondió hasta que la botella estuvo medio vacía.

—En la ca… —empezó a decir, y se interrumpió de pronto, suspirando—, en la casa del presidente de Estados Unidos, milord.

—Nosotros creíamos —tartamudeó Kley— que los jueces eran más moderados en sus costumbres.

—Yo sólo soy moderado en mis sentencias, ¡qué cuerno! —Silbó Fulton—. Sólo impongo una pena de muerte cuando alguien roba más de un dólar. Bueno, venga otra botella.

Éste fue el momento que eligió Turpon para intervenir. Se acercó a Elena, la enlazó por la cintura y pretendió besarla.

—¡Quieto! —farfulló Kley.

Turpon se llevó la derecha al revólver, mientras con la izquierda seguía sujetando a la muchacha. Todos los que estaban frente a él detuvieron sus bien imitados movimientos de ir a «sacar», fingiendo tener miedo.

—¡Mataré al que se oponga! —Rugió Turpon—. ¡Todos conocéis mis métodos!

Y siguió tratando de besar a Elena, que se debatía desesperadamente en sus brazos. También ella estaba ensayando lo mejor de su repertorio.

—¿Ésta es la ley que tenemos en Abilene? —preguntó el «juez»—. ¿Dónde está el *sheriff*?

—Está persiguiendo a una cuadrilla de pistoleros al norte de la ciudad. Por eso este tipo… se atreve —rezongó Kley.

Turpon logró entonces besar en la boca a Elena. Y, mientras era besada, los ojos de la muchacha se clavaron en los del juez. Y éste sintió en el pecho una cosa muy extraña.

—Suelta a esa mujer, granuja —ordenó.

Había en su voz algo que no correspondía a su aspecto. Algo que era un poco siniestro, un poco brutal inclusive. Turpon soltó a la muchacha.

—¿Quieres presumir de valiente…? —Gruñó Turpon—. ¿Tú…?

—Es que… no me gusta que besen a las mujeres delante de mí. Me pongo nervioso.

—Está bien. ¡Menos palabras! ¡«Saca»!

—Turpon, es el nuevo juez —advirtió Kley.

—El nuevo juez, ¿eh? ¡Está bien, mañana pediremos que nos envíen a otro!

Fulton llevaba un solo revólver al lado derecho y fue a «sacar», pero su enemigo no perdió el tiempo. Disparó instantáneamente y atravesó el revólver del juez antes de que éste lograra sacarlo de la funda. El disparo había sido magistral, y la escena que se preparaba prometía ser divertida.

—¡Ésta es mi respuesta! Y ahora… ¡baila, nene!

Disparó a los pies de Fulton, tan certeramente que cualquier otro hombre hubiera dado un grotesco salto. Pero Fulton no se movió. No se movió una pulgada.

—¿Piensas obligarme de ese modo?

Turpon, ciego de rabia, disparó otra vez, y ahora más cerca. Si

hería, mejor. Pero Fulton no se movió tampoco.

—Estás en baja forma, amigo. Con estos disparos no asustarás ni a una vieja.

—¡No podrás andar en el resto de tu vida!

Disparó otra vez, con los dientes apretados, y rozó el tobillo de Fulton. Todos vieron que sobre el inmaculado charol de los zapatos de éste se extendía un hililllo de sangre.

Pero no se movió tampoco.

—Se llama Turpon, ¿no? —dijo.

Una corriente de aire frío se extendió por la sala. Fue su voz. Fue la voz de aquel hombre, que parecía la de la misma Muerte.

—Sí, me llamo Turpon.

—Pues bien, siempre advierto a un hombre antes de matarle. Retírese a tiempo, Turpon, y déjenos esta partida. No haré nada para vengarme de esta ofensa, pero me veré obligado a matarle si vuelve a levantar el revólver.

¡Todo aquello eran artimañas del leguleyo!

—¡Cobarde! —rugió—. ¡Cobarde!

El juez elevó su mirada por encima de las cabezas de los espectadores.

—¿Hay quién me preste un revólver?

—Yo —contestó uno de los presentes, y lanzó al aire un Colt Frontier.

—Voy a introducirlo en la funda. ¡Retrocederemos seis pasos cada uno!

Lo puso en su funda tras arrojar al suelo el arma inservible. Bastó su movimiento para que todos supusiesen que era un
gun-man,
un profesional del gatillo. Un murmullo de estupor se extendió de un lado a otro de la sala.

—Retrocede, Turpon.

Éste empezó a contar pasos hacia atrás. Uno, dos… En sus facciones había un sudor pegajoso, frío. Tres… Notó que le temblaban las manos. Cuatro, cinco. Contuvo la respiración para el momento decisivo. La serenidad volvió de nuevo a él. Le mataría, le barrenaría la frente al primer balazo. ¡Seis…! Los dos enemigos «sacaron» a la vez con movimientos centelleantes e igual velocidad, a pesar de que Turpon contaba con la ventaja de sus menos

embarazosas vestiduras. Dos disparos restallaron en el aire quieto del saloon, y todos vieron que en la manga izquierda de la levita del juez se producía un seco agujero. Pero sólo fue la manga. Los rostros estaban vueltos hacia él, porque creían que era el juez quien iba a caer atravesado. El sordo ruido que produjo Turpon al caer, con las manos agarrotadas a la altura del corazón, hizo volver a la realidad a todos.

—Lo siento —murmuró el juez—. Retírenlo.

Levantó de nuevo la botella de ginebra y concluyó, mientras se disponía a beber:

—Sentencia cumplida…

CAPÍTULO V

—El que esta noche llega a Abilene es uno de los más temibles pistoleros de Texas —dijo el hombre, mientras lanzaba a la hoguera los restos de su cigarro—. El mejor refuerzo con que podíamos soñar para nuestra banda.

—¿Cómo se llama? —preguntó otro, después de beber un gran trago de licor.

—Fulton Telebuantekelt.

—Es un nombre muy extraño.

—Y tanto. Nadie sabe de dónde diablos procedía, para tener un nombrecito como ése. Pero el hijo salió aprovechado, vaya que sí. Es capaz de matar a quien le llame por su nombre completo. Cuando lo veáis, llamadle sólo Fulton, o en todo caso, Fulton Tele.

—¡Bah, yo no creo que sea tan temible! —desdeñó el que bebía.

—No ha matado a muchos hombres, ésa es la verdad. Pero para calibrar a un pistolero hay que ver, no cuántos mata, sino cómo los mata. Y ese tipo siempre lo ha hecho de frente y dando al enemigo todas las ventajas. Una vez, en Dallas, le vi acabar en duelo con tres enemigos a la vez.

Después de esta declaración, entre los hombres se hizo un silencio.

Los hombres eran tres, y por catadura, no resultaba dudosa su profesión de pistoleros.

—¿Y El Duque espera que un hombre como Fulton le resuelva todos sus problemas? —preguntó uno de ellos, rompiendo el silencio.

—En cierto modo, sí. Ese juez nuevecito Robert Fino Clem, ha resultado ser una auténtica fiera. Después de acabar con Turpon, invitó a todos a que sacasen los revólveres, si no estaban conformes

con lo que en adelante hiciera. Nadie los sacó, claro. Luego se fue a su despacho, se rodeó de botellas de licor y empezó a dictar órdenes de detención contra todos los personajes importantes de Abilene. No las ha ejecutado aún, pero todo el mundo está con el alma en vilo La verdad, nadie esperaba que fuese de ese modo. Su fama…

—Sí, su fama era de todo lo contrario —dijo otro—, y eso os enseñará a no fiaros de las apariencias. ¿Qué piensa hacer el jefe?

—El Duque está ahora observando la situación, sin tomar, por el momento, una actitud decidida. Puede que lo de ese tipo no sea más que teatro para impresionar los primeros días. Pero hay una cosa que le crispa los nervios, y es que Elena, su auténtica favorita, se ha enamorado del juez.

El de la botella de licor lanzó una carcajada, divertido, y bebió otro largo trago.

—El Duque no consentirá que nadie ponga los ojos en Elena. Si Robert Clem corresponde a las atenciones de la muchacha, eso significara la muerte para él.

—Cierto. Y con eso está relacionada la próxima llegada de Fulton.

—Y ese Tele… lo que sea —preguntó uno—, ¿cómo es de carácter?

—Muy violento. Peor que cualquiera de nosotros. No pronuncia dos palabras sin soltar una maldición, se emborracha continuamente, saca el revólver por nada, y en cuanto pone el ojo en una mujer, no hay quien se la arrebate. Os aconsejo que tengáis cuidado con él.

—¡Chist, se oyen pasos!

Se oían pasos, en efecto. Los tres desenfundaron sus revólveres casi a la vez.

—Pero, caballeros, ¿qué les ocurre?

A la luz de las llamas se perfiló la figura de un hombre que se acercaba llevando de la brida a su caballo. Y los tres se quedaron como petrificados al verle.

El hombre a quien esperaban era éste, sin duda, puesto que nadie más fuera de El Duque conocía el lugar y la hora de reunión. Pero, verdaderamente, se habían formado otra idea de él. Creían aguardar a un tipo mal vestido, con barba de varios días y expresión maligna en los ojos. Y en éste no se daba nada de eso. Sus ropas no

eran elegantes, desde luego, pues habían sido compradas en cualquier almacén de géneros confeccionados para vaqueros, pero hay muchos modos de llevar una cosa, y este hombre llevaba su burda camisa como un verdadero *gentleman*. Iba cuidadosamente afeitado, y en sus ojos había una expresión absolutamente tranquila. Las fundas de sus dos revólveres estaban abrochadas, cosa insólita, yendo solo y de noche. En fin, el aparecido les desorientó. Los dejó helados.

—¿Quién es usted? ¿Fulton?

Robert Fino Clem tragó saliva y luego inclinó la cabeza, sonriendo cortésmente.

—El mismo. A su disposición, caballeros.

Los tres forajidos se miraron perplejos, no pudiendo evitar que a sus ojos asomase la desorientación que en aquel momento sentían.

—Muéstrenos la carta que le envió El Duque y que había de servirle como pasaporte.

—Con sumo gusto. Pero ¿me permitirán sentarme?

—Hágalo.

Roben se sentó junto a la hoguera, se calentó las manos un poco, frotándolas, y luego extrajo un papel doblado del bolsillo superior de su camisa.

—Hela aquí. Ésta es la carta que me envió su ilustre señor jefe.

El que estaba más cerca de Clem la tomó y la leyó atentamente.

—Sí, es ésta —murmuró al fin—. ¿De modo que usted se llama Fulton?

—Fulton Telebuantekelt, para servirles.

Nuevamente, los tres hombres se miraron perplejos. Al fin, el que había lado la carta, preguntó:

—¿No decían que le molestaba oír pronunciar su nombre?

—Sólo los mal nacidos reniegan del nombre o apellidos con que vinieron al mundo. El derecho al propio nombre, que constituye al mismo tiempo un deber, es uno de los más esenciales de la personalidad humana y uno de los primeros que las legislaciones recogen.

Los tres hombres le miraron con ojos más grandes que huevos fritos. Sus bocas entreabiertas, babeaban.

Robert se ajustó bien los revólveres y, luego, preguntó:

—¿Para qué me quiere el jefe?

—Eso te lo dirá él, pero podemos anticiparte algo. A Abilene ha llegado un juez a quien creíamos un señorito inútil. Y resulta que es una especie de bestia con cuatro bocas dispuestas a atizar mordiscos. El Duque no tiene ahora, o cree no tener, pistoleros lo bastante hábiles para acabar con ese hombre. Se da, además, la circunstancia de que nosotros somos demasiado conocidos, y si acabáramos con el juez se sabría enseguida de dónde ha partido la orden. Por eso quiere que estés tú cerca. Si conviene, matarás a ese Robert Fino Clem.

—Fino Clem… ¡Qué risa!

—No te reirás tanto en cuanto le tengas delante. Bueno, y ésta es sólo una parte del trabajo, porque queda otra. E inmediata.

—¿Cuál?

—Hay que raptar a una mujer.

Robert se mordió los labios. Sus facciones se volvieron peligrosamente duras.

—¿Una mujer? ¿Quién?

—Viene de Louisville, y esta misma noche pasará por aquí la diligencia en que viaja. La acompaña su padre.

—¿Cómo se llama?

—El nombre del padre no lo conozco, pero sé que es un rico industrial del Norte, un cochino gringo. Ella se llama Elizabeth Weber.

¡Elizabeth Weber, la mujer de quien le habían hablado para entrar en relaciones con ella! ¡La mujer de cultura y posición que, probablemente, habría de ser su esposa!

—¿Qué te pasa, Fulton? Te has quedado muy serio. ¿Es que conoces a esa mujer?

—¡Oh, no, caballeros! Pero ustedes quizá conozcan ya mi debilidad por las damas. Siempre que he de intervenir en algo en que hay una de por medio, siento una cosa aquí…

Se tocó el corazón. Todos lanzaron una estentórea carcajada.

—No serás tan terrible como Gato Loco… —susurró uno de los forajidos.

—¿Gato Loco? ¿Quién es ése?

—Un cochino indio renegado que huyó de su reserva. Es un tipo frenético, una especie de fiera astuta y peligrosa. Por ello le llaman Gato Loco. Tiene el mismo gusto que los blancos, es decir, se

deshace por nuestras mujeres. Ha cometido ya en Nuevo México no sé cuántos delitos relacionados con esa debilidad suya. Tiene una habilidad especial para saber dónde hay una mujer indefensa, y entonces la acorrala y se pone pegajoso. Ahora dicen que está en Texas.

—Siento no haber tenido antecedentes sobre él —dijo Clem—. Presumo de tener una de las mejores colecciones de casos judiciales y…

—¿Cómo?

Clem tragó nuevamente saliva. Definitivamente, no acababa de acostumbrarse a esta nueva situación.

—Quiero decir que he robado varias bibliotecas. Siento debilidad por los archivos de los juzgados y por…, por todas esas cosas. Me gusta saber qué es lo que hicieron otros pistoleros antes que yo, y por qué acabaron atrapándolos.

—Eso es muy interesante —gruñó uno—. Sí, muy interesante, canastos. Está la mar de bien y eso de enterarse de por qué cayeron los que cayeron. Ya lo dijo El Duque: tú eres un tipo listo.

Uno de los forajidos sacó de su bolsillo un monumental reloj.

—Pronto pasara la diligencia. Debemos ocupar nuestros puestos.

—¿Va defendida? —preguntó Clem.

—No, porque no transporta oro. Cuando sólo lleva pasajeros, no hay tanto peligro de que sean atacadas. Bueno, eso ya lo sabes tú.

—Sí, pero lo que me interesa es otra cosa. El Duque me envía a trabajar. Pero ¿cuánto cobraré?

—Hay para ti el diez por ciento de lo que se obtenga por el rescate.

Se pusieron en pie y apagaron la hoguera. La tétrica lividez de la luna les envolvió. Las rocas del cañón resaltaron como grandes cabezas negras.

—Vamos.

Tomaron un sendero que bordeaba las rocas. Ese sendero les condujo a una terraza sobre el camino principal que llevaba a Abilene. Clem adivinó que ése era el punto que sus nuevos compañeros habían elegido para asaltar la diligencia.

No hizo más preguntas y no se las hicieron a él. Los cuatro permanecían ocultos y atentos, captando los sonidos que les enviaba la noche. De repente, uno de ellos puso todos sus músculos en

tensión e hizo una seña con la mano izquierda.

Oyeron un ruido lejano, pero inconfundible. Se acercaba la diligencia.

Y fue en ese momento cuando a sus espaldas sonó aquella voz:

—¡Quietos u os abraso!

* * *

El hombre que amenazaba a Clem y los tres forajidos era un indio. Vestía ropas de vaquero, pero completamente destrozadas y mugrientas. Daba la impresión de que la suciedad era su medio vital, el único, que podía acabar con los cuatro en pocos segundos si hacían un movimiento sospechoso. La luna les alumbraba bien y no podrían escabullir el bulto.

—¿Qué quieres? —Sonrió Clem—. ¿Desvalijarnos?

—Noooo… —Arrastraba las sílabas burlonamente—. Sólo manteneros quietecitos, mientras Gato Loco trabaja. Luego, veremos qué es lo que hago con vosotros.

—¡Gato Loco! —Susurró Clem—. ¡Y habéis dicho que en esa diligencia viajaba una mujer!

—Una mujer joven… —susurró el que estaba más cerca de Robert.

En aquel momento oyeron un grito desgarrador a muy poca distancia En seguida otro. Eran los lanzados por el conductor y su ayudante antes de morir. Inmediatamente, el traqueteo de la diligencia cesó, casi bajo sus cabezas.

Transcurrieron treinta segundos. El indio les contemplaba agazapado, con el rifle a punto, brillando en sus ojos una llamarada de burla Y entonces se escuchó un grito de mujer.

Robert Fino Clem había sido educado en el Este. Había aprendido que cuando una mujer —y sobre todo si es joven y guapa — chilla, hay que dejarlo todo para atenderla. Y por eso gritó:

—Con su permiso, milord.

Su salto y el giro que supo imprimir a su cuerpo los hubiera envidiado un contorsionista. La bala de rifle reventó contra las rocas, arañando su camisa. Cuando el indio disparó otra vez, él ya estaba abajo. Uno de los forajidos trató de «sacar», aprovechando el momento y el indio, moviendo rápidamente el rifle, le incrustó una bala en la cabeza. Los otros dos permanecieron quietos, con las

manos a la altura de las caderas. Sus bocas estaban torcidas por la rabia.

—Si os movéis, os abraso. Y de ése ya se encargará Gato Loco.

Robert Clem cayó sobre la arena que formaba el lecho del camino. Le dolieron todos los huesos, y en aquel momento maldijo no haberse entrenado aún más, en lugar de atiborrarse de leyes. El golpe hizo que saltaran sus dos revólveres, rompiendo los cierres de las fundas. Empezó a buscarlos a tientas, pues allí la terraza proyectaba una espesa sombra, y entonces oyó un segundo grito de mujer.

Robert se olvidó de todo.

Desenfundando su cuchillo, se acercó a la diligencia, detenida a unas veinte yardas de distancia.

En aquel momento. Gato Loco, tras haber golpeado al padre de Elizabeth con la culata de un revólver, estaba sacando a empujones a la muchacha, a la que ya nadie podría defender, puesto que el millonario acababa de perder el sentido. Eso de trabajar con un cómplice que cubriera las espaldas, pensaba el indio, era ideal. Y mientras más desesperadamente se debatía Elizabeth en sus brazos, más tentadora le parecía y más irresistible era la fascinación que ejercía sobre él. Su rostro, devorado por la viruela, se acercó al de Elizabeth, y sus labios fueron a buscar los de ella.

Y en ese momento se oyó la voz:

—¿Recién casados, milord?

Gato Loco lanzó un aullido, soltando a Elizabeth y desenfundando su revólver. Un puntapié de Robert lo envió por los aires. Y se oyó el crujido de los dientes del indio.

—Yo diría que ella no le quiere aún lo bastante, Excelencia. ¿Por qué no prueba primero a ganar su afecto con dulces palabras de amor?

Gato Loco extrajo su cuchillo de caza con un movimiento centelleante. Se inclinó como un felino dispuesto a saltar, y en ese momento comprendió Clem el porqué del apodo con que se distinguía a su enemigo.

Gato Loco saltó, y su cuchillo trazó un movimiento zigzagueante, de lado a lado. Clem saltó también, hacia atrás. No era muy experto en cuchillos, desde luego, y sabía que su enemigo resultaba infinitamente superior a él. Los dos forajidos que aún

continuaban en la terraza podían ver desde allí la escena. Uno de ellos, gritó:

—¡No seas loco, Fulton! ¡Nadie puede vencer a Gato Loco con el cuchillo en la mano!

El indio que les apuntaba con su Winchester oyó eso y se puso nervioso. No le gustaba que nadie gritase. Se puso tan nervioso que, con una risita cruel apretó el gatillo otra vez, y su segunda bala acabó con el segundo hombre.

El otro quedó quieto, temblando, sin atreverse siquiera a respirar.

Clem, entretanto, no había hecho más que retroceder ante el continuo acoso de Gato Loco. Éste tomó por táctica lo que no era más que inexperiencia, y no se dejó cazar en lo que pensaba era una celada. Pudo haber matado a Clem con sólo lanzarse a fondo y no lo hizo porque creyó que su enemigo le preparaba algo. Clem, mientras, se había dado cuenta ya de que el indio le aventajaba en agilidad, pero no en fuerza. Si llegaban a un cuerpo a cuerpo, tal vez pudiera vencerle.

Cuando Gato Loco atacaba, atacó él también. Se cruzaron sus cuchillos y las puntas desgarraron las camisas. Gato Loco fue a saltar hacia atrás, para deshacer el choque, pero Clem no se lo permitió. Su mano izquierda aferró la muñeca del indio y la apretó salvajemente. Gato Loco lanzó un rugido y pretendió clavarle los dientes en la garganta, pero un rodillazo de Clem al vientre le hizo tambalearse. Y cuando perdió el equilibrio, el brazo armado de Clem se movió.

Lo hizo de abajo arriba. La hoja brilló en la noche de un modo alucinante, antes de clavarse por entero en el estómago de Gato Loco. Y Clem, que entendía de medicina legal y cuchilladas más que muchos bandidos de la frontera, trazó una cruz con el cuchillo en la carne de su enemigo. Éste lanzó un estertor débil, muy débil, mientras su boca se abría. Y cayó al suelo sin vida.

El otro indio, el del rifle, disparó contra Clem. Éste vio brillar por encima de su cabeza las partes metálicas del Winchester, y se arrojó al suelo. La bala se clavó en la arena.

—*Madame,* deme el revólver, ¡pronto!

Elizabeth, muda de asombro y de horror, se lo entregó, recogiéndolo de la arena y lanzándolo hacia él. Otra bala hizo volar

el sombrero de la cabeza de Clem.

El único pistolero que quedaba vivo en la terraza rocosa, intervino entonces. «Sacó» y disparó contra el indio. Éste, alcanzado en el vientre, se puso en pie, mientras giraba su rifle. Una certera bala alcanzó al pistolero en el cuello y lo dejó muerto en el acto. Con un grito salvaje, el cómplice de Gato Loco fue a ocultarse, y Clem levantó entonces el revólver.

—Mi sentencia es: ¡muerte! —dijo.

Y el revólver empezó a crepitar.

CAPÍTULO V

Aunque Robert no era ningún cochero profesional, logró ingeniárselas para llevar hasta Abilene a Elizabeth y su padre.

Cuando Robert Clem entró en la calle principal, pareció olfatear que algo raro sucedía. Y al millonario Weber le ocurrió igual.

—Me habían dicho que Abilene era una ciudad donde sólo se respiraba olor a pólvora —soltó, asomando la cabeza por la ventanilla.

—¡Oh, ya verá, ya verá! Es que ahora deben estar todos dormidos. ¡A mí me echaron de Abilene por no saber disparar…!

Weber se quedó sin habla. Si a un tipo como aquél se habían atrevido a echarle, a él lo desnucarían nada más verlo.

—¿Dónde está el Juzgado? —preguntó Clem a un vaquero que estaba atando al amarradero su caballo.

—¿Quiere ver al juez Clem?

—Sí, eso mismo, milord —afirmó Clem con la mejor de sus sonrisas.

—Pues, vaya bien prevenido. Si le entra por el ojo izquierdo es capaz de acribillarle allí mismo. ¡Menudo tipo nos ha caído…!

Y se alejó lanzando maldiciones. Elizabeth, asombrada, sacó también la cabeza por la ventanilla.

—Dígame, ¿puede ser verdad lo que ese hombre ha explicado?

—Clem es un hombre de exquisita educación —la interrumpió su padre—. Se ha formado en la mejor universidad y siempre ha estado rodeado de personas de gran cultura. No hagas caso de lo que pueda decirte un patán.

—En efecto, *madame,* no haga caso —añadió Clem.

Llegaron ante la oficina del *sheriff*, junto a la cual estaba el Juzgado. Claro símbolo de la poquísima importancia que semejante

institución había tenido hasta entonces en la vida de la ciudad, el local parecía una cuadra.

—No… No es posible que Robert viva aquí —sugirió Elizabeth, sintiendo que todo su orgullo de familia renacía en ella en un solo momento.

—El señor juez debe vivir en el hotel —sugirió Clem, volviéndose cortésmente.

Se acercaron a la puerta, y él mismo la abrió. Dentro había luz.

Y sí. El «juez» estaba allí.

Fulton se había sentado ante la mesa y puesto los pies sobre ésta. Los libros de leyes, de su antecesor en el cargo, estaban desparramados por el suelo y, en cambio, la mesa se hallaba materialmente cubierta de botellas de licor. En este momento, el «juez» se dedicaba a la poca jurídica tarea de engrasar un monumental revólver.

—¿Cómo? —Gritó al ver a Clem en el umbral—. Pero ¿te has atrevido a entrar en Abilene, granuja?

Se puso en pie y se acercó, furibundo, con una botella en la mano.

—¡Un bandido como tú, recién salido de presidio! ¡Un tipo que empieza por llamarse Fulton Telekebu…! —Se le atragantaba su propio nombre—. ¡Fulton Telebuantekelt! ¡No puedo consentir tamaña insolencia! ¡Haré que te expulsen de la ciudad o que te encarcelen inmediatamente!

Clem se mordió los labios y estuvo a punto de propinar un puntapié a su ex preso. Pero como había que reconocer que éste tenía dominada la ciudad, y eso era digno de tenerse en cuenta, se contuvo.

—Oiga, juez, me acompañan una dama y un caballero… —argumentó.

Fulton iba a contestar algo, cuando en ese momento apareció Elizabeth en el umbral.

Al «juez» le brillaron los ojos como dos bengalas. E inclinó la cabeza tanto hacia adelante que por poco se cae.

Elizabeth Weber y el «juez», los dos seres que en principio habían sido destinados uno para el otro, quedaron frente a frente. Y se examinaron los dos.

Al hombre, Elizabeth le pareció algo así como una diosa. Se

olvidó de que había puesto un anuncio en el periódico solicitando esposa y se olvidó de todo. Fue como si Elizabeth le volviera al revés el cerebro. Fue como si le cambiara el corazón de sitio. Como si le hechizara con sus ojos.

La mujer, en cambio, hubo de considerar un doble aspecto en el hombre que tenía enfrente. Físicamente era de lo que no se ve todos los días: alto, arrogante, guapo y con una mirada de las que atraviesan la ropa. Sólo el hombre que la había salvado en el camino podía compararse a éste. Y su futuro esposo le pareció, pues, un monumento. Pero en el otro aspecto, en el moral, no se asemejaba, desde luego, a la idea que la gente acostumbra a tener de un juez. Desabrochado el cuello, sin afeitar la cara, con manchas en la levita y una botella de licor en la mano, más bien parecía un atracador que hubiese tenido un golpe de suerte.

—¿Es usted Robert Clem? —preguntó Weber, apareciendo tras la muchacha.

—¿Qué? ¿Robert Clem? ¡Ah, sí, soy yo!

—Tengo una carta de su ilustre padre. Si deja, ¡ejem!, si deja la botella sobre la mesa podría leerla, tal vez.

—¿La botella? ¡Oh sí, sí, perdón!

Se atizó un buen trago como despedida, antes de soltarla. Elizabeth, y sobre todo su padre, le miraron con ojos desorbitados.

El auténtico Clem tragó saliva. Fulton no sabía leer. De modo que, ¡buena iba a hacerla!

—Ésta es la carta —dijo Weber.

Fulton rasgó el sobre que le había ofrecido Weber y extrajo una hoja de papel. La miró, la olió. Como si estuviera escrita en chino. De no ser porque el alcohol que había ingerido le daba fuerzas, hubiese caído al suelo.

De todos modos, fingió leerla, con gran atención y haciendo, de vez en cuando, exagerados ademanes de suficiencia.

—¡Ah, bien, bien…! De acuerdo. Mi señor padre quiere que le dé un empleo, ¿no?

Weber se quedó blanco. Miró a su hija. Luego miró al «juez». Y, de repente, empezó a reír.

—¡Un empleo! Je, je… Dicen que la gente de Texas es socarrona, querido Robert, y tú debes de haberte contagiado. ¡Pues, claro! ¡Si estás hecho un bromista de categoría! Tu padre quiere,

efectivamente, que me des un empleo… ¡de suegro!

Ahora fue Fulton el que se quedó blanco. Las rodillas empezaron a temblarle.

—No me diga… —comenzó.

—¿Qué?

—¡No me diga que esa preciosidad es su hija! ¡Si lo es, nos casamos mañana mismo!

A Elizabeth aquello le pareció la mayor descortesía que había escuchado en todos los días de su existencia. Se puso tiesa y miró altaneramente al «juez».

—Esperaba que disimulase usted un poco su verdadero carácter, señor Clem. Es usted como un caballo que brinca de entusiasmo en cuanto ve una buena yegua. Ni merece el cargo que ocupa, no debería estar siquiera entre personas civilizadas. Cierto que nuestros respectivos padres verían con agrado una alianza por nuestra parte, pero como soy una mujer libre, me opongo. ¡Me opongo terminantemente una y cien veces! ¡Y me rió de usted en sus propias narices, señor Clem!

Elevó su cabeza altaneramente y le miró de soslayo.

—¡Qué desconsideración! ¡Qué grosería! ¡Qué…!

—¡Qué bombón! —soltó Fulton.

Elizabeth estuvo a punto de sufrir un síncope. Apretó los dientes, dio media vuelta y salió ostentosamente del juzgado. Fulton quedó con la boca abierta. Tan abierta que el auténtico Clem se la tuvo que cerrar de un puñetazo.

—Creí que tenías más inteligencia, Fulton. ¡No eres más que un animal!

—Pero… ¡si yo he querido portarme finamente! ¡Si hasta hice ver que leía la carta!

—¡Debería recuperar ahora mi cargo y encarcelarte, *ipso facto*, por quebrantamiento de más de doscientas cincuenta leyes! Pero no quiero revuelos mientras esa mujer y su padre estén en la población. Quédate aquí, y como vuelvas a dirigirles la palabra, te…

—Deja que les envíe un ramo de flores… —suplicó Fulton.

—¡No! ¡Eres tan burro que serias capaz de enviarles una corona funeraria! ¡Quédate aquí, emborrachándote y no salgas hasta que ellos hayan marchado!

Dio un último empujón a Fulton y salió al porche. Elizabeth y su padre estaban cerca aún, desorientados.

—Perdonen. Aunque no me atañe, siento haber sido testigo de la penosa escena que ahí dentro ha tenido lugar. Comprendo que personas tan respetables como ustedes no deberían pasar por estos trances.

Weber miró, de repente, a Clem con una mezcla de estupor y simpatía.

—Les acompañaré a un hotel —indicó.

Conocía Abilene sólo parcialmente, pero no le fue difícil dar con el Houston, el mejor hotel de la población. Acompañó a Elizabeth y su padre hasta la conserjería, y sólo cuando hubieron obtenido habitación a su gusto se atrevió a dejarles.

—Oiga, buen hombre —dijo Weber—. ¿Le importaría que le recompensase con algo, por las molestias que le hemos proporcionado?

Clem hizo un gesto lleno de majestad.

—De ningún modo. Eso sería una ofensa para mí. No puedo cobrar nada por un servicio que ha constituido para mí un honor.

Se inclinó ceremoniosamente y salió del hotel, dejando asombrados a la hermosa muchacha y a su opulento padre. Ya en la calle, casi junto a la puerta, vio a una preciosa joven, también rubia como Elizabeth, que parecía ir desorientada buscando a alguien.

«Un momento», pensó.

E iba ya a examinarla disimuladamente de arriba abajo cuando un tipo de unos cuarenta años, con aspecto de truhan, se le acercó.

—Oye, ¿eres tú Fulton Telenosecuántos?

—Sí. ¿Qué te ocurre?

—El jefe quiere verte.

—¿El jefe? ¿Te refieres a El Duque?

—Sí.

Clem miró al tipo que tenía delante y no le gustó. Si aquél era un ejemplo del ciudadano medio de Abilene, más valdría que la ciudad, con juzgado y todo, fuese destruida por un terremoto. Iba a contestar algo cuando oyó pasos apresurados a su espalda.

Se volvía. Era la muchacha rubia.

—¡Vaya! —Gruñó—. En una sola noche he conocido a las dos rubias más piramidales del Oeste. ¿Qué quiere usted, *madame*?

La joven le miraba como si se hallase ante una aparición. Y no una aparición desagradable, ciertamente. Miraba a Clem como si éste fuese el hombre de la ilusión. Sencillamente, estaba radiante de dicha.

—¿Usted se llama Fulton Tele…?

—Telebuantekelt —puntualizó el joven.

—¡Oh, entonces eres tú mismo! ¡Hurra! —El «hurra» debió de oírse hasta en los sótanos de la Casa Blanca—. ¡No te imaginaba así, chico! ¡Pero qué guapazo eres! ¡Cariño! ¡Cariño mío!

Y se abrazó a él, empezando a dar vueltas a su alrededor y haciéndole girar con ella. En vista de que Clem no decía nada, espetó:

—Pero ¿es que no puedes imaginarte quién soy, cariño? ¡Soy Suzy Vermont! La que tú aceptaste por esposa hace unos días, por carta.

Clem se llevó ambas manos a la nuca, abriendo mucho los ojos, y dijo una cosa:

—¡Atiza!

CAPÍTULO VI

Resultó que El Duque quería ver al que él suponía Fulton Telebuantekelt, para conocerle. Puso cara de vinagre al ver que era un individuo tan atildado y fino, todo lo contrario de lo que él esperaba.

—¡Hum! Nunca he visto que un pistolero llevase las ropas de esa manera, con tanta distinción, con tanta... ¡Diablos, si pareces un juez!

Clem arqueó las cejas.

—Me ha acompañado una dama hasta aquí, milord, y está esperando tras esa puerta, de modo que sea breve.

El Duque casi dio un brinco en el asiento. Sus facciones se volvieron rojas.

—¿Qué ha ocurrido con los tres hombres que debían haberte acompañado esta noche?

—Murieron.

—¿Cómo?

La exclamación de Kley semejó un alarido.

—La diligencia que íbamos a atacar fue asaltada unos minutos antes por un indio renegado a quien llamaban Gato Loco. Por lo visto, había olido que iba dentro una mujer hermosa. Ese hombre tenía un cómplice que, al parecer, exploraba el terreno. Nos descubrió y nos encañonó con un Winchester de repetición. Afortunadamente, yo pude escaparme.

—Explícamelo todo —exigió.

—Lo haré. Como iba diciendo, pude escapar, y llegué a tiempo de evitar que Gato Loco sacara a esa muchacha, Elizabeth Weber, de la diligencia. Sus métodos, por supuesto, no eran muy finos. Luchamos a cuchillo y se lo clavé en el estómago. Gato Loco está

muerto, porque sé lo que hay que hacer con un cuchillo y con el estómago de un hombre.

—¡Pero si con el arma blanca era invencible! —susurró Elena, que asistía a la conversación y que, como todas las mujeres de Texas, había oído hablar de Gato Loco.

—Debió de tener mala suerte —explicó Clem, sin ninguna clase de jactancia—. El caso es que lo encontrarán a pocos pasos del lugar de la cita con el abdomen bien abierto. Una vez acabé con él, el otro indio disparó contra mí, pero ese momento fue aprovechado por sus pistoleros para tratar de huir. Olvidaba decirle que uno había sido acribillado antes, y que en aquel momento sólo quedaban dos con vida. No pude evitar que el indio matara a los otros dos, pero yo acabé con él. ¿Pruebas? Envíe hombres al lugar que le indico y encontrará a Gato Loco muerto, al otro indio que lleva en el cuerpo balas de este revólver —lo depositó sobre la mesa — y a sus tres pistoleros que llevan en el cuerpo balas del rifle del indio. Un espectáculo. Créame, no vaya usted mismo.

Kley el Duque había ido palideciendo conforme Clem exponía los hechos.

—Estabas armado y sin enemigos. ¿Por qué no raptaste a los de la diligencia?

Clem se pasó la lengua por sus secos labios.

—Sus tres angelitos no fueron muy explícitos conmigo, milord. Me dijeron que íbamos a raptar a alguien, pero sin concretar detalles. No se me dio ninguna indicación sobre dónde llevar a los raptados. En esta ocasión, yo debía obrar bajo la dirección de los otros. Y como los pobres murieron tan pronto, me quedé sin saber qué hacer. Juzgué que lo mejor era verle y recibir órdenes. Al fin y al cabo, esa dama y su padre no andan muy lejos de aquí.

El Duque hubo de reconocer que su nuevo pistolero tenía toda la razón.

—Te he preguntado esto para ver qué respondías, pero en cierto modo me alegro de que no hayáis llevado a efecto el rapto. Posteriormente he sabido que esa mujer venía para conocer al juez Robert Clem, con el que parece ser está en relaciones. Y, hoy día, meterse con el juez Clem significa una catástrofe.

El joven se irguió un poco y, de repente, sintió una vivida y cálida simpatía por Fulton Telebuantekelt, a quien había dejado

mordiéndose los puños en el Juzgado. Tenía que ser todo un tipo si lograba meter en cintura a sujetos como El Duque y su cuadrilla. A lo mejor resultaba que Fulton tenía razón…

—¿Tan fiero es? —preguntó, candorosamente.

—Nunca he visto individuo semejante. No habla jamás de leyes, de procedimientos legales ni de nada. En cuanto alguien se desmanda, saca los revólveres. El *sheriff* ya no sirve para nada aquí.

—Y… ¿ha conseguido que la ciudad cambie?

Kley se mordió los labios.

—En cierto modo, sí. Mi organización está en peligro. Y te he llamado a ti porque es preciso acabar con ese hombre. ¿No es cierto que te tuvo preso una larga temporada?

—Sí.

—En tal caso, no te importará acabar con él.

—¿Por qué he de ser yo y no otro cualquiera de sus pistoleros? —preguntó Clem.

—Ninguno de ellos ha demostrado ser lo bastante hábil para eso. No han reaccionado aún de la sorpresa que les han causado los métodos del juez.

Clem miró a su alrededor, un poco turbado. No dejaba de darse cuenta de que El Duque era un asesino de la peor especie, un truhan acostumbrado a conseguirlo todo por la violencia y la sangre. Y, sin embargo, ahora se portaba como un principiante, no tenía confianza en nadie y se veía obligado a llamar gente ajena a su organización para que le resolviese sus problemas. Era increíble lo que un solo hombre decidido y valiente podía lograr en una ciudad como aquélla. La admiración que sentía por Fulton subió todavía más, y en cierto modo, Clem se dio cuenta de que hasta entonces, había estado equivocado. En Abilene, como en la mayor parte de Texas, lo que hacía falta eran hombres parecidos a Fulton. Y, aunque sus métodos eran impropios de un juez, resultaba evidente que servían para imponer el orden aun en las ciudades más turbulentas.

Se dio cuenta, también de que Elena le miraba con insistencia, y desvió la dirección de sus ojos.

—¿Este saloon es su cuartel general, Kley?

—Sí. En el Carpet suelen reunirse mis hombres, y yo vivo aquí junto a Elena. Si no te doy órdenes precisas en contrario, tendrás siempre que buscarme aquí.

—Usted da muchas órdenes, Kley —comentó el joven, con calma, mientras volvía a enfundar el revólver que depositara sobre la mesa—, pero yo no soy un empleado suyo todavía. Bien, pero falta una cosa muy importante, y es concretar el precio.

—Pida.

—Cincuenta dólares diarios.

—Es mucho —replicó Kley, pasándose la lengua por los labios—. Mucho. Seguro que durante toda tu vida no has llegado a ganar esa suma, ni siquiera en una semana de trabajo.

Clem no estaba dispuesto a discutir. Sabía que su falsa situación no iba a durar mucho tiempo, porque a la ciudad llegarían de un momento a otro, hombres que podían reconocerle. Posiblemente, no dispondría más que de unas horas para, en combinación con Fulton, limpiar la ciudad de forajidos. Por eso porfió:

—Cincuenta dólares o nada.

Kley iba a contestar, cuando en aquel momento se abrió la puerta. Y acto seguido se oyó un grito de mujer y una seca voz de hombre que decía:

—¿Cincuenta dólares? Por la mitad de ese precio yo me encargo de eliminar al juez Clem y de convertir esta ciudad en un paraíso del revólver.

* * *

Todos se volvieron a la vez.

El hombre que acababa de irrumpir en la habitación poseía dos cosas que llamaban la atención poderosamente: su excepcional musculatura y sus ojos, duros y fríos, donde no se leía el menor atisbo de piedad. Por si esto fuera poco, llevaba a Suzy por delante de él y la mantenía sujeta, retorciéndole un brazo. Parecía divertirle extraordinariamente el horror que se advertía en la expresión de la muchacha.

—¿Qué significa esto? —preguntó Kley, con la más absoluta calma.

El otro no contestó todavía y se limitó a sujetar con más fuerza a la muchacha. Clem se puso lentamente en pie.

—Me llamo Rocky Hayes —dijo el hombre.

—¡Rocky Hayes!

La exclamación había partido a la vez de casi todos los que

estaban reunidos en la habitación. Clem fue uno de los pocos que mantuvo pegados los labios. Conocía, sin embargo, aquel nombre, porque era uno de los que arrastraban más triste fama en todo el sudoeste. Gato Loco era una especie de serafín comparado con el individuo que ahora tenían delante. Las mujeres le importaban más que las riquezas, y eso que las riquezas le importaban mucho. Cada asalto a un banco o un rancho había ido acompañado de raptos por parte de él y sus hombres. Clem siempre había sostenido la opinión de que Rocky era un cobarde, porque se apoyaba continuamente en una poderosa banda. Pero en este momento, desde luego, no le dio la impresión de tener miedo. Y se preguntó qué habría venido a hacer a una ciudad que ya estaba dominada por El Duque.

—¿Dónde has encontrado a esa mujer? —preguntó Clem, lentamente.

—Ahí fuera, aguardando junto a la puerta. Y me ha parecido demasiado bonita para estar sin compañía.

—¡Suéltala!

Clem sabía que nunca sería tan rápido «sacando» como aquel profesional del gatillo. Pero estaba dispuesto a perder la vida, si era necesario, antes que mostrar la menor vacilación.

Rocky soltó a Suzy Vermont, y ésta gimiendo, cayó al suelo. Luego, el pistolero retrocedió dos pasos.

—Rocky Hayes —dijo El Duque con voz baja y sibilante—, no sé qué has venido a hacer a Abilene, pero te advierto, si es que pretendes usar el revólver, que este hombre es Fulton Telebuantekelt.

—Buen nombre para una lápida —ironizó Rocky—. La llenará.

Y se situó un poco más atrás, a un lado de la puerta. Por ésta, que nadie se había preocupado de cerrar, asomaban las cabezas de varios curiosos. Y en el saloon contiguo se había hecho de repente un extraño silencio.

—Ahora que un juez como Clem nos ha puesto a todos en un aprieto —conminó El Duque—, es necesario que no corra inútilmente la sangre de los que queremos hacer de Abilene una ciudad… productiva. ¿Qué es lo que quieres demostrar con este desafío?

El interpelado sonrió siniestramente. Era guapo, alto y bien formado. Tenía, además, una sonrisa bonita, pero achulada. Sabía

que era guapo.

—Ahí fuera ya me han dicho que estabas hablando con Fulton, Duque, y he supuesto enseguida que sería este individuo. Había oído hablar mucho de él. Y se me antoja demostrar que valgo mucho más y que me basta una mano para derrotarle. Por eso le he provocado trayéndole así a su chica.

—¿Quién te ha dicho que era mi chica? —inquirió Clem, con voz helada.

—Ahí fuera. Comentaban todos que vino contigo.

Clem dio dos pasos hacia la izquierda para situarse frente a su enemigo.

—Está bien, Rocky Hayes. Me hubiera gustado colgarte, porque la muerte por plomo es demasiado buena para ti. Pero ya que lo quieres, ¡«saca»!

Clem sólo llevaba un revólver, y el otro dos. Sabía que Rocky iba a ser más rápido y, en efecto, lo fue. Antes de que Clem lograse tocar la culata, una bala de su enemigo ya le había rozado la palma de la mano, abrasándosela.

Clem se encogió, transido de dolor, y miró con expresión de asombro la sangre que ya corría entre sus dedos. La herida no era grave, pues se trataba de una simple rozadura, pero había bastado para dominarle.

—Eso te demostrará que no vales cincuenta dólares —dijo, echando altivamente hacia atrás sus hermosos cabellos rubios— ni veinticinco, ni diez, ni uno. ¡No vales nada!

Extrajo del bolsillo superior de su camisa un corto y fino cigarro y lo encendió sin soltar el revólver. Luego, lanzó al aire una bocanada de humo. En la habitación se había hecho el más espantoso silencio.

—Voy a llevarme a la chica —anunció—. ¿Alguien quiere defenderla?

—Yo.

Uno de los pistoleros de El Duque se había puesto rápidamente en pie, volcando la mesa. Pese a su aspecto de truhan aún debía conservar cierta nobleza. O quizá ansiaba vencer a Rocky Hayes para que Kley le nombrase su lugarteniente y hombre de confianza.

—¿Tú?

—No eres más que un *dandy* achulado, Rocky Hayes. Sólo sabes

deslumbrar a las mujeres. ¡Pero yo te enseñaré!

Entreabrió ambas piernas, mientras sus manos iban como rayos en dirección a las fundas. «Sacó» e hizo fuego con los dos revólveres, pero las balas sólo rozaron las botas de Rocky. Éste, de un único y certero balazo, moviendo tan sólo el codo derecho, había atravesado el corazón de su enemigo. Con la boca entreabierta, respirando aun angustiosamente, el pistolero cayó. Había muerto cuando su cabeza tocó las tablas del suelo. Y Rocky envió hacia él unas lentas volutas de humo, como ofrenda para su funeral. Ni siquiera se había quitado el cigarro de la boca.

—Sé que es inútil preguntarlo —dijo—, pero voy a hacerlo por cortesía. ¿Alguien más?

Clem se inclinó ceremoniosamente.

—Yo, milord.

Hubo un murmullo general de asombro. Y enrojecieron los ojos de Rocky.

—¿Tú? ¿Es que quieres que te atraviese la cabeza?

—Esta noche he tenido el selecto honor de matar a un hombre llamado Gato Loco —sonrió Clem—, y, precisamente, empleando su especialidad de la lucha a cuchillo. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo con usted, distinguido amigo… empleando el revólver?

El Duque se levantó.

—¡Fulton, estás loco!

—¡Estás loco! —Repitió sordamente Suzy, desde el suelo—. ¡Jamás podrás vencer a este hombre!

La frase hizo daño a Clem y enorgulleció a Rocky Hayes. Se deshacía por que las mujeres le admirasen. Cuanto más le odiaban éstas —y le odiaban mucho—, más anhelaba él verlas suspirar en su presencia La frase de Suzy, reconociendo de antemano su superioridad, fue un regalo para sus oídos.

—Gracias, nena. Cuando te saque de aquí, te cuidaré bien.

—Lo único difícil va a resultar el pequeño detalle de sacarla, milord. En fin, le doy oportunidad de lucir otra vez su pobre arte ante nosotros. Mueva sus manitas y «saque», mono.

Clem sabía ahora, ciertamente, que iba a morir, y estaba dispuesto a hacerlo con una sonrisa en los labios. Pero esa misma seguridad le hizo actuar endiabladamente bien. Con una agilidad felina, trocando en rictus de furia la sonrisa que había tratado de

guardar, se desvió a un lado y con su mano herida apretó la culata de su revólver. Fue como si le quemaran, como si le pincharan salvajemente en ella. Pero el dolor, de tan angustiosamente fuerte, se transformó en placer. Y la muerte estaba tan cerca que casi no notó aquella minucia. Disparó rabiosamente contra la mano derecha de Rocky cuando éste la levantaba. Y, aunque Rocky, sin perder la serenidad, trató entonces de extraer el izquierdo, para Clem fue un juego de niños atravesarlo limpiamente y arrancar la culata con una bala antes de que su enemigo la tocara. Rocky arañó frenéticamente el aire, dos veces, y sintió en su cabeza como un mazazo de sangre. Su orgullo le deshizo los nervios al oír la burlona risotada de todos los presentes. Y sus rodillas temblaron, sin que acertara a dominarlo, cuando vio a Clem ante él y con el revólver levantado, apuntándole a la cabeza.

—Debería matarte, milord —dijo Clem, lentamente—, pero no me gusta asesinar. Y acaba de ocurrírseme algo mucho mejor. ¡Voy a hacerte tragar ese cigarro!

Arrojó limpiamente el revólver a la cara de Rocky Hayes, que no pudo esquivarlo. Y ante el asombro de todos… ¡el cigarro se aplastó y se introdujo entre los labios del pistolero!

La carcajada fue esta vez estentórea, vehemente. Rocky lanzó un aullido y dio un salto en dirección a Clem. Éste se apoyó sólidamente en sus pies, movió ambos brazos y dos ganchos alucinantes fueron a aplastarse en el mentón de Rocky, enviándole, hecho un guiñapo, contra un rincón.

—¡Fulton, te ofrezco cien dólares! —rugió El Duque.

—¡Atízale! —rugió otro pistolero.

—¡Déjale sin cara! —chilló Suzy.

—¡Desnúcale!

Todas aquellas voces marearon un poco a Clem que no estaba acostumbrado a verse en tales situaciones ni en tales ambientes. Eso dio tiempo a Rocky para levantarse, y con la agilidad de un reptil, lanzarse contra su enemigo. Y los dos hombres se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo espeluznante, brutal, que cortó la respiración a todos. Ni aun en Abilene, la ciudad más violenta, se habían visto muchas peleas como aquélla. Y todos se preguntaban ya, ansiosamente, cómo terminaría, cuando entró alguien más en la pieza.

—¡El juez!

Fulton, el auténtico, acababa de hacer acto de presencia, apartando a los pistoleros que obstruían la entrada. Sujetó por la nuca a Rocky y lo arrojó como un fardo contra un rincón de la pieza. Luego, conectó un gancho terrorífico al mentón de Clem y le hizo quedar sentado en el suelo, viendo visiones.

—¿Es ésta la forma que tienen de respetar la ley en Abilene? —bramó—. ¡Bueno, no voy a tener más remedio que imponer la serenidad, el sosiego y la calma!

Y para imponer la serenidad, el sosiego y la calma, descargó un espantoso puntapié en el plexo solar de Rocky, haciéndole caer otra vez cuando iba a levantarse.

—¡Así da gusto vivir en Abilene! ¡Calma! ¡Calma!

Otro puntapié al mentón de Rocky le partió el maxilar, dejándole hundido en el más doloroso de los sueños.

—¡Paz!

Volteó sobre su espalda a uno de los pistoleros, haciéndole estrellarse de cabeza contra la pared.

—¡Tranquilidad!

Otro forajido se vino sobre él. Lo recibió de un directo a la ceja que lo envió otra vez contra la puerta.

Kley el Duque, vio entonces clara la ocasión de acabar con el juez, quien no podía prestar la menor atención a lo que estuviese ocurriendo a su espalda. Hizo una seña a uno de sus sicarios y éste levantó el revólver.

—¡Muere!

Y Fulton hubiera muerto de no haber sido por Clem. Éste, aún en medio de las brumas que nublaban su cerebro, vio el peligro que corría el juez y, desenfundando, con un ágil movimiento, el cuchillo que empleara para matar a Gato Loco, lo arrojó contra el cuello del asesino. La hoja se clavó profundamente junto a la yugular de éste, impidiéndole precisar el disparo. La bala sólo rozó la cabeza de Fulton.

Hubo un silencio instantáneo, cargado de amenazas.

Los ojos de El Duque se posaron fijamente en Clem. Y entonces éste se dio cuenta de que su juego había sido descubierto. Al salvar la vida al falso juez ya no podría fingirse más que era un pistolero y tratar de ingresar en la banda de El Duque para destruirla desde

dentro. Ahora sólo Fulton era su amigo en la población.

CAPÍTULO VII

Robert Clem estaba tumbado en la cama, dentro de la habitación alquilada en un hotel modesto, y reflexionando activamente sobre la nueva situación planteada.

Después de acabar con el pistolero que trató de matar a Fulton, nadie más se había atrevido a mover un dedo. Fulton, con dos revólveres en las manos, era demasiado temible para que alguien osara enfrentársele. De modo que Clem pudo salir del Carpet acompañando a Suzy Vermont, y Fulton protegió la retirada.

Una vez en la calle se habían despedido cambiando tan sólo una mirada de inteligencia y, mientras Fulton se dirigía al Juzgado, Clem, el auténtico juez de Abilene, encaminaba sus pasos a un hotel de poca categoría donde pudiera lograr hospedaje para él y para Suzy. Y aquí estaba ahora, reflexionando. Suzy se encontraba en la habitación contigua y, sin duda, estaba pensativa también, puesto que no hacia el menor ruido. O quizá dormía aún, aunque ya eran las once de la mañana.

Clem se levantó y preparó los útiles para afeitarse. Pensó que lo sucedido la noche anterior significaba una alianza entre El Duque y Rocky Hayes para acabar con ellos dos, es decir, Fulton y él. Y esto significaba también que ambos estarían solos en Abilene, con la única «ayuda» de dos mujeres rubias para defenderse del huracán que muy pronto se les vendría encima.

Se rasuró cuidadosamente y se vistió con toda pulcritud. Sucediese lo que sucediese, aún no estaba dispuesto a prescindir de su educación y su buena presencia. Con todo ello salió de la habitación cuando ya habían dado las doce y los huéspedes del pequeño hotel se dirigían al comedor para el almuerzo.

Encontró a Suzy Vermont en el comedor. La muchacha ocupaba,

sola, una mesa. Le saludó.

—¡Eeeeh…!

El corazón se le arrugó a Clem dentro del pecho. Pensar que, por la fuerza de las circunstancias, una mujer que le llamaba de esa manera estaba dispuesta a ser su esposa, le produjo algo así como un calambre.

—Las personas no deben llamarse a voces cuando están en la misma habitación —advirtió Clem, sonriente, sentándose a su lado.

—¡Chico, no trates de ser finolis! De sobra sabes que no sirves para eso. De sobra sé que toda tu vida has comido en un establo, pero a mí eso no me importa. ¡Si eres un tipo estupendo!

Clem, que estaba desdoblando con todo cuidado la servilleta, sintió que ésta caía de sus manos.

—Oye, Suzy, yo…

—¿Por qué quieres disimular, guapo? Sabes que yo no te querría de otro modo. Me gustas así, tan espontáneo, tan franco, tan…

—Tan mal educado… —suspiró Clem.

—¡Bah, tonterías! Deja eso para los señoritos del Este. ¿Sabes? Yo estoy loca por ti desde que te he visto.

A Clem se le cayó el tenedor al suelo.

—Pero ¿qué te pasa, cariño?

—¡Oh, nada, nada! —Tragó saliva—. Por cierto, han colocado mal los cubiertos en esta mesa. Parece mentira que la gente no se dé cuenta de que, aun en el Oeste, eso es una falta de cortesía, Además, falta una copa grande para el agua. Y no hay sal. Esto es…

Se calló de repente al ver que Suzy le miraba perpleja.

—Oye, cariño, ¿dónde has trabajado tú hasta ahora?

—Yo, recibí el nombramiento de… de… Bueno, quiero decir que una vez robé un libro donde se explicaban todas esas cosas.

—¡Pero si tú mismo me dijiste que no sabías leer! ¡Si en la carta me explicabas que te la tenía que escribir el carcelero!

Clem, que manejaba el cuchillo del pan, estuvo ahora a punto de cortarse un dedo.

—Bien, eso no significa nada. Robé el libro y me lo hice leer por otra persona. Sí, eso es, por otra persona. Pero estoy aprendiendo a escribir ahora, y claro, es posible que dentro de un tiempo pueda ya dirigirte cartas.

—Dentro de un tiempo ya estaremos casados y no será

necesario, cariño —sentenció Suzy—. Anda, dame un beso. Aquí, delante de todos. Y no un beso finolis, ¿eh? Un beso de aquellos…

Y ahora sí que Clem se cortó en el dedo. Lanzó una maldición que inmediatamente Suzy acalló con sus labios.

Entretanto, en el hotel donde se alojaba Elizabeth y su padre, se estaba produciendo una escena muy semejante y, al mismo tiempo, muy distinta.

El opulento industrial y su hija acababan de sentarse a la mesa cuando entró el falso Robert Clem, o sea, Fulton.

Bueno, a Fulton casi no se le veía. Porque iba dentro de un ramo de flores.

Elizabeth, que estaba acostumbrada al lujo en este aspecto también, jamás había visto nada parecido. Era imposible saber de dónde había podido sacarse tantas flores, sobre todo en un lugar como Abilene, donde nadie se dedicaba a cultivarlas. Y además eran hermosas y estaban dispuestas artísticamente. Pero el solo hecho de que se hubieran reunido tantas en un ramo, corona o montaña, lo que fuera aquello, era ya de por sí un detalle de mal gusto. Elizabeth arrugó su delicioso semblante.

—Papá… ¿Qué… qué es eso?

—Un entierro de primera, a lo que parece. Jamás había visto tantas flores juntas.

Fulton, jadeando bajo semejante carga, colocó la montaña de flores encima de la mesa. Al hacerlo, estuvo a punto de volcar un plato de sopa sobre los inmaculados pantalones de Weber.

—¡Oiga, es usted…!

—¡Oh, perdón! Es que no veo, ¿saben? Y el olor de las flores ha terminado por marearme. Les ruego que acepten mis disculpas. ¿Puedo honrarles con mi compañía? Quiero decir… ¿pueden honrarme ustedes con la suya?

Weber minó a su hija. Y vio brillar en los ojos de ésta una chispa de curiosidad, de admiración, cosa lógica, al fin teniendo en cuenta que Fulton era uno de los hombres más atractivos que habían pisado Abilene.

—Sí, puede sentarse —autorizó.

—¡Uf, qué alivio! Y es que es lo que yo digo; Empieza ya a hacer calor en Abilene y a uno enseguida le pica la ropa. —Miró la bien servida mesa—. ¡Y qué panzada se están dando ustedes, diantre!

Hay aquí de todo…

Weber se incorporó en su asiento, indignado.

—Oiga, Clem, si lo que usted pretende es demostrarnos que en Texas se puede ser juez sin tener la menor educación ni la más mínima cultura, delo por cosa hecha. ¡Y lárguese de una vez! ¡No sé a qué diablos ha venido!

La verdad era que Fulton creía estar portándose como un muchacho fino. Y las duras frases de Weber le dejaron anonadado.

—Les ruego que me perdonen… —murmuró.

—No haga caso, Robert —aconsejó Elizabeth, mirándole fijamente—. Mi padre se encuentra algo violento porque esta tierra no le gusta, Pero debemos reconocer que ha sido muy amable al venir a vernos y al ofrecernos ese ramo de flores.

—Tendremos que comérnoslas —gruñó Weber—. Ocupan la mesa…

—Las tiraré —ofreció, solícitamente, Fulton.

Lo hizo y, ahora definitivamente, el plato de sopa fue a parar sobre los pantalones del millonario.

—¡Insolente! —rugió éste, poniéndose en pie y empezando a sacudirse—. ¡Realmente intolerable a inaudito!

Fulton le ayudó y le acercó la silla para que se sentara. Weber se apoyó en el respaldo resoplando.

—Quiero disculparme por lo de anoche —suspiró él—. Había tenido una jornada de intenso trabajo y no era dueño de mis nervios cuando llegaron ustedes. Quizá… quizá había bebido también un poco. Lo cierto es que me arrepiento del recibimiento que les hice.

—¡Vaya! Se arrepiente… —suspiró Weber.

—Y yo lamento haberle dicho todo lo que le dije —terció inesperadamente Elizabeth—. Quizá, usted, Clem, signifique la verdadera vida y la verdadera grandeza. Yo también estoy un poco cansada de hablar a la gente con tantos disimulos, con tanta etiqueta. En fin, puede que seamos buenos amigos, juez.

Le tendió la mano a través de la mesa, y él se la estrechó. Hubiera querido estar estrechándosela días enteros.

Pero no pudo.

La bala astilló el cristal de la ventana más próxima y le rozó la cabeza. El que había disparado, desde el exterior, lo hizo sobre seguro, pero sin tener en cuenta que el cristal que había delante era

un poco grueso. Eso desvió la bala unas centésimas de pulgada y permitió salvarse a Fulton.

—¡Al suelo!

Mientras hablaba volvió la mesa sobre Weber y su hija, cubriéndolos y protegiéndolos así de nuevos disparos. Él se arrojó sobre las tablas del pavimento mientras sacaba sus revólveres.

Toda la banda de El Duque se había concentrado frente a aquella ventana del hotel para acribillarle.

El hotel donde se hospedaba tan a disgusto el auténtico Robert Fino Clem no estaba muy lejos de aquél en que sucedían todos estos hechos. Unas cincuenta yardas los separaban y desde luego, los disparos pudieron oírse con toda claridad.

—¿Qué es eso, cariño? —Preguntó Suzy Vermont—. ¿Celebran alguna boda?

—Más bien un entierro. Por si acaso, voy a ver qué ocurre.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Suzy le sujetó por un brazo.

—Fulton, no vayas.

—¿Por qué no? ¿No dices que es una boda?

Se desasió de la muchacha, y unos segundos más tarde estaba ya en la calle. Suzy le siguió. Y le anonadó el intenso olor a pólvora que se respiraba entre los porches.

—¡Acabemos con él! ¡El juez no tiene escapatoria!

—¡Cuidado, Kley!

Era Clem quien había gritado desde el porche. Tenía una cuenta pendiente con aquel granuja y con su nuevo aliado, y estaba dispuesto a saldarla ahora. Pero no quería matarle por la espalda, sino frente a frente.

Kley, era astuto. Reconoció aquella voz y, en lugar de volverse, se arrojó al suelo. Uno de sus sicarios hizo fuego contra Clem. Éste sintió que algo caliente le rozaba el brazo y disparó a su vez. El pistolero cayó con el estómago perforado. Los otros, incluido Rocky, corrieron a refugiarse.

Fulton comprendió lo sucedido y no perdió el tiempo. Asomándose a una de las ventanas disparó fríamente contra los que corrían. Tres balas casi instantáneas, acabaron con tres hombres. Clem, por su parte, derribó a otro. Y, al ver que El Duque hacia una seña para emprender la retirada, salió del porche para perseguirles.

Rocky se volvió como una centella, volteando los revólveres en sus manos, y disparó dos veces contra Clem. Uno de los disparos le rozó la cabeza, y el auténtico juez sintió como un mazazo en el cráneo. Cayó al suelo sin sentido, mientras los revólveres resbalaban de entre sus dedos.

No supo cuánto tiempo permaneció sin sentido. Eso siempre sería un misterio para él. Pero lo cierto es que cuando recuperó sus facultades tenía la cabeza vendada, y estaba… ¡en la cárcel!

CAPÍTULO VIII

Robert Clem se palpó la cabeza y notó que la tenía vendada. Notó también que le dolía horriblemente.

Pero no fue esto lo que más le preocupó. Lo que le dejó verdaderamente consternado y atónito fue el verse en la cárcel. ¡El, el auténtico juez Clem entre rejas como un malhechor cualquiera!

—¡Eh! —Llamó Clem—, ¡necesito hablar con alguien! ¡Necesito que me digan por qué me han encerrado!

La puerta exterior se abrió lentamente, y en ella apareció el *sheriff*.

—¿Ya estás chillando, Fulton?

—Yo no soy Ful… —Iba a decir Clem, pero se calló mordiéndose los labios.

El *sheriff* se acercó a él.

—Ya has armado demasiada camorra en la población. Y el honorable juez Clem ha dispuesto que te encierre. El mismo te trajo aquí cuando quedaste sin sentido después del balazo. Tienes para… para treinta días.

Clem lanzó un rugido.

—¿Treinta qué…?

—¡Días! Y puedes estar contento de que no sean años.

Interviniste en una pelea que no te afectaba para nada y mataste a dos hombres. Sólo teniendo en cuenta que defendías al honorable juez se comprende la benevolencia de la pena impuesta. ¡Y cállate ya!

Y cerró la puerta.

Clem pensó tristemente que todo esto le ocurría por ser un ingenuo y poner confianza en hombres que toda la vida habían estado burlando leyes.

Sumido en estas tristes reflexiones, Clem pasó aquella noche y todo el día siguiente. Nadie acudió a visitarle a no ser el mismo *sheriff* para traerle su comida. Lo hacía por sí mismo porque parecía divertirle la cara de vinagre de Clem. Desde luego, ni el «juez», ni Elizabeth, ni Suzy Vermont se acercaron por allí. Y Clem empezó a darse a todos los diablos.

Pero a la segunda noche de su estancia en la prisión, la puerta exterior se abrió cautelosamente. Robert Clem miró hacia allí, asombrado.

Era Suzy.

La muchacha vestía tan sencillamente como cuando la conoció, pero estaba más atractiva que nunca. En sus labios florecía una sonrisa misteriosa y cautivadora a la vez. Y al mirar al que ella creía Fulton brillaron tentadoramente sus ojos.

—¡Chist! ¡Te traigo algo!

—¿Un revólver?

—De poco iba a servirte mientras permanecieras ahí. ¡Te traigo una lima!

Se acercó más y la ofreció a Clem a través de las rejas. Era una lima enorme como para partir una pieza de artillería.

—Gracias —dijo Clem—. ¿Sabe alguien que has venido aquí?

—Creo que no. ¡Uf, chico! ¡No sabes lo que he tenido que sudar para conseguir ese trasto sin que nadie se enterase! El juez me seguía a todas partes y no me dejaba ni a sol ni a sombra. Con gusto te hubiera facilitado un revólver también, pero no me ha sido posible.

—Suzy, ¿te das cuenta de lo que arriesgas al hacer esto?

—No te preocupes, cariño. La cosa está seria, pero al que pretenda hacerme algo a mí le atizo un mordisco que lo dejo seco.

La muchacha le besó ansiosamente, pasando media cara entre los barrotes, y luego se dirigió a la puerta.

—Suerte, Fulton.

—Suerte, Suzy.

Cuando la muchacha hubo salido, él se aplicó con frenesí a limar los barrotes. Y aunque no era del todo experto, lo hizo bastante bien. Media hora después tenía ya libre la cerradura, de modo que con un tirón bastase para salir.

Dio un tirón.

Y cuando él abría la puerta de su celda, alguien más abría la puerta exterior. En el momento en que él salía a la antesala, alguien más entraba en ella desde la calle.

Aquel alguien era Fulton Telebuantekelt, el falso juez.

—Pero mi querido amigo… ¿quién te ha enseñado a fugarte de la cárcel?

—¡Canalla!

Clem corrió hacia él y, sin que mediaran más palabras, le propinó un soberbio cruzado al pómulo. Fulton cayó con una expresión de sorpresa, pero sin perder del todo su sonrisa.

—Has querido aprovecharte de la situación, ¿eh? Creí que se podría confiar en ti, pero no eres más que un granuja. O peor aún: ¡Eres un pobre granuja!

Sin levantarse del suelo, Fulton desenfundó uno de sus revólveres.

—Sobre lo que yo hago no tienes tú que decir nada, Clem. Y si he decidido meterte en «chirona» te estarás en ella mal que te pese. ¡Vas a entrar en una de esas otras celdas o te descerrajo un tiro a la cabeza!

Clem entreabrió ambas piernas, en forma agresiva.

—Dispara si te atreves, Fulton. No tengo miedo a un desalmado como tú.

Fulton levantó el martillo. Clem, con una agilidad de la que nunca se hubiera creído capaz, saltó entonces y le propinó un puntapié a la mano armada. El revólver saltó por los aires.

—¡Estás perdiendo facultades, Fulton! ¡Has tenido tiempo de sobra para matarme!

El juez extendió una pierna, y Clem perdió el equilibrio, cayendo. Y aunque se puso en pie al instante, su enemigo tuvo tiempo para hacerlo también.

—¡Yo te enseñaré el modo de aplicar las leyes! —rugió Clem, mientras se lanzaba al ataque.

Dos soberbios ganchos, hábilmente combinados, dieron con Fulton en tierra nuevamente. Y el juez, aunque sus labios sangraban, no dejó de sonreír.

—¡Vaya, pero si estás hecho un tío! ¡Ahora sí que empiezo a sentirme orgulloso de ti!

—¡Basta de comedias!

Saltó sobre Fulton y, mediante una hábil presa de sus fuertes brazos, le obligó a ponerse de cara al suelo. Luego dio otro hábil salto y se apoderó del revólver.

—Y ahora quietecito, Fulton, o seré yo quien te descerraje una bala.

El juez se incorporó pesadamente.

—¿Qué piensas hacer?

—En primer lugar, llamarte granuja e indeseable con todas las letras. En segundo lugar, encerrarte a ti en una celda y salir yo.

Fulton se rascó la nuca muy poco finamente.

—En cuanto a lo de granuja puedes ahorrarte las palabras, porque ya lo sabía Y en cuanto a lo de salir, no sé si te habrás dado cuenta de que tengo otro revólver.

—Lo he visto. Pero yo te estoy apuntando ya, Fulton. ¡Voy a salir!

—¡Salir! ¡Estúpido! ¡Para que te maten!

Hubo algo especial en la voz de Fulton. Algo que para un hombre tan inteligente como Robert Clem no podía pasar inadvertido. Y abriendo la boca, con asombro, preguntó:

—¿Sabes qué estoy pensando, gra… granuja?

—¿Qué?

Clem no contestó directamente. Soltó el revólver y fue hacia Fulton, ayudándole a ponerse en pie.

—¿Por qué lo hiciste, Fulton? ¿Por qué?

—No sé a qué te refieres.

—¡Lo sabes de sobra! ¡Y merezco llamarme estúpido, por no haberlo comprendido antes! Debía habérmelo demostrado el que pudiendo matarme quince veces durante esta pelea, no lo hayas hecho. Me hiciste encerrar en la cárcel porque así El Duque no podría acabar conmigo, ¿verdad?

—Oye, Clem, no seas tonto. Yo…

—El tonto eres tú, Fulton. ¿Cómo suponías que te iba a ser posible luchar sólo contra esa banda de forajidos? ¡Hacerlo significaría forzosamente la muerte para ti!

Fulton se desasió suavemente de la presión de los brazos de Clem y fue hacia la pared del fondo de la pieza. Así, vuelto de espaldas, el falso juez de Abilene pareció meditar.

Se volvió al fin Y en sus facciones había una tal decisión y al

mismo tiempo una tal nobleza, que Clem se sintió impresionado al mirarle.

—Lo sabía —dijo Fulton.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Por una sencilla razón —repuso Fulton, hundiendo la cabeza —. Por la sencilla razón de que tu vida significa mucho para Abilene y para todo Texas. Mientras que la vida de un hombre como yo no vale el papel que se ha de gastar para extender un certificado de defunción. Un pistolero más o menos… ¿qué importa en Texas?

Clem sintió que algo muy suave oprimía su garganta. Algo que a pesar de ser suave le hacía mucho daño. Y miró otra vez las facciones de Fulton, tan nobles, serenas y enérgicas a la vez.

—Creo que estás equivocado. Tu vida vale mucho.

Clem le cogió la mano casi a la fuerza. Se la estrechó entre las suyas, mientras sus ojos denotaban la admiración que en aquel momento sentía Y ponderó:

—Eres el tipo más completo que he conocido en mi vida, Fulton Telebuantekelt Y toda mi ilusión consistirá desde ahora en agradecer tu gesto y en demostrarte que un novato también puede servir de algo. Vamos, amigo.

—En Abilene hay mucho trabajo para los dos.

Capítulo IX

El Duque había reunido aquella noche en el Carpet al grueso de su banda.

Estaba formada por diez hombres, incluyéndole a él y a Rocky, su nuevo aliado. Después de las bajas sufridas en el asalto al hotel, sus efectivos se habían visto mermados considerablemente, pero aún seguían siendo lo bastante poderosos para acabar con un hombre. Ese hombre sólo era Fulton, al que ellos creían Clem.

—Creo que nuestro enemigo ha cometido un gravísimo error —decía, en aquellos momentos El Duque.

—¿Cuál?

—Meter en la cárcel a su único aliado. Es tan orgulloso, por lo visto, que no consiente que un pistolero le preste su ayuda. En mi opinión, ese imbécil que está entre rejas se dio cuenta de que en Abilene podía jugar con dos cartas, la nuestra y la del juez. Y decidió jugar la del juez. Pensó que si él ganaba se convertiría en algo así como el segundo hombre de la ciudad. Pero ya veis lo que ha obtenido.

—La cárcel —dijo uno de los pistoleros—. Y tiene para treinta días.

—Eso —continuó El Duque— nos favorece de un modo extraordinario. Ahora ya no hay que luchar contra dos hombres, sino contra uno tan sólo. Y vamos a liquidarlo… esta misma noche.

* * *

Elizabeth había salido al anochecer a pasear con su padre.

—No deberíamos permanecer más tiempo aquí, hija mía —decía Weber—. En realidad, nada nos retiene. Tú has visto ya que el

hombre con quien pensábamos casarte no es más que un mal educado borrachín, y yo he visto que me había equivocado en la elección. De modo que permaneciendo aquí sólo conseguiremos que nos agujereen la piel. Mejor dicho, eso ya estuvo a punto de suceder el otro día.

—Tienes razón, padre, pero algo me retiene en Abilene aun en contra de mi voluntad. No sabría decir qué es. Quizá todavía no conozcamos bien a ese hombre.

—¿Ese hombre? ¡Bah! La cárcel es demasiado buena para él. ¡Debería estar en una pocilga!

Llegaban en ese instante al centro de la larga calle principal. En los porches de uno y otro lado había poco movimiento, lo que, si no hubiesen sido novatos en la población, les habría hecho suponer que los paseantes habían olido algo, buscando disimuladamente refugio. Sólo aquí y allá algunos tipos se apoyaban indolentemente en las columnas o fingían estar amarrando sus caballos. Weber volvió un poco la cabeza.

—Ya está ese tipo detrás de nosotros. Paseando, lentamente, tras nuestros pasos, como una sombra.

—Tal vez se ha enamorado seriamente de mí —dijo Elizabeth, sin que en su acento hubiera el menor tono de burla—. Tal vez, en vista de tu poco favorable acogida, no se atreva a hablarnos nuevamente.

—¡Cualquiera diría que tú también estás enamorada, Elizabeth!

La muchacha iba a responder algo, pero no pudo. En ese momento un hombre se acercó a ella.

Era muy alto, bien formado y más guapo de lo que suelen ser el término medio de los hombres. Vestía además con cierta elegancia sus ropas de vaquero. Ese tipo, que no era otro sino el temible Rocky Hayes, se acercó a ella y, sin ninguna clase de preámbulos, le estampó un beso en la boca.

Un rugido partió de la garganta de Weber. Cuando iba a intervenir, Rocky le descargó un gancho en el mentón enviándole sobre el polvo.

—¡Es usted un…! —chilló Elizabeth.

Pero el hombre volvió a tratar de besarla. Y en ese momento intervino Fulton.

Colocando las manos a la altura de los revólveres, gritó:

—¡Suelta a esa mujer!

Rocky la soltó. Era lo que esperaba.

—Eres demasiado insignificante para defender a una dama, Clem.

—Lo sé. Y por eso no se perderá gran cosa, si tienes suerte y eres tú quien me atraviesa de un balazo. ¡Defiéndete!

Mientras hablaba, dio dos pasos hacia la izquierda, a fin de situarse más en el centro de la calle y evitar que Elizabeth quedase en la línea de tiro.

—Estamos a una distancia conveniente, Hayes. ¡«Saca»!

Como Kley había supuesto, Fulton no advirtió que aquello era una trampa y que varios enemigos le acechaban desde los cercarnos porches. Para él sólo existía Rocky Hayes, que había ofendido a Elizabeth. Y El Duque, viendo llegado el momento, levantó una mano.

—¡Al suelo, muchacho! ¡Al suelo!

La voz había partido de uno de los porches. Fulton reconoció en ella a Clem, y se arrojó a tierra, mientras dos balas aullaban por encima de su cabeza. El Duque lanzó una maldición.

—¡Acribilladle!

Pero el honorable Clem estaba cerca. Y se le ocurrió hacer una cosa que no le habían enseñado en la Universidad ni en ninguna parte.

La calle principal de Abilene no era completamente llana, sino que tenía una pendiente bastante pronunciada en aquel sector. Y Clem vio que cerca de él habla una gran carreta afianzada con dos piedras.

Fue todo cuestión de segundos. Y mientras disparaba contra los porches, tratando de concentrar sobre él a toda costa la atención de sus enemigos, saltaba hacia el carro y daba dos puntapiés a las piedras. Debido a la rapidez de su actuación, él mismo tuvo que tenderse, colocándose entre las dos ruedas para no ser arrollado. Y el carromato, rugiendo y dando saltos se precipitó calle abajo.

En aquel momento, dos balas se habían estrellado en el polvo, junto a Fulton, y otra le había rozado una cadera. Estaba tan seguro de ir a morir que cuando vio el carro avanzando a velocidad vertiginosa hacia él, casi no pudo creerlo.

Dueño de una agilidad endiablada. Fulton no necesitó que nadie

le dijera lo que tenía que hacer. En el momento de pasar el carro sobre él, quedando su cuerpo entre las ruedas, se sujetó a las ballestas. El Duque lanzó un rugido:

—¡Acribilladle!

Pero era ya demasiado tarde para cazar a Fulton que volaba calle abajo, sujeto al carro. Rocky Hayes se quedó pensando dónde cuerno habrían enseñado a aquel juez a ser tan endiabladamente ágil.

Pero la «desaparición» de Fulton, dejó a Clem solo en el lugar de la escena, rodeado por nueve pistoleros ansiosos de matar. Y la verdad es que Clem nunca había visto a nueve pistoleros juntos ni siquiera en la sala del Juzgado. La cosa era como para llamar a gritos a un confesor.

Completamente anonadado, Weber y su hija eran mudos testigos de la escena. Habían presenciado en menos de medio minuto cómo Fulton estaba a punto de morir, cómo se salvaba y cómo ahora dieciocho revólveres se volvían hacia su compañero. Elizabeth muda de horror, tuvo que apoyarse en el brazo de su padre. Pero la verdad, como su padre también estaba a punto de desmayarse, faltó muy poco para que ambos cayeran al suelo.

—¡Disparad, cobardes! —aulló Clem.

Con esto sólo perseguía darse ánimos a sí mismo, pero además amedrentó un poco a los pistoleros de El Duque, quienes no podían concebir cómo un solo hombre se atrevía a desafiarles de aquella manera. Más bien daba la impresión de que aquel tipo esperaba recibir ayuda de alguna parte.

Clem se lanzó al suelo, y medio protegido por unas pacas de paja, hizo fuego. Uno de los pistoleros, alcanzado en el pecho, se dobló lentamente, tapándolo en parte a los ojos de sus compañeros. Éste fue el instante que aprovechó Clem para dar dos vueltas sobre sí mismo y protegerse completamente tras las pacas.

Un verdadero huracán de plomo se abatió sobre ellas.

—¡No conseguiréis nada así! —Aulló Kley—. ¡Es preciso acorralarle!

Los pistoleros se diseminaron a ambos costados de la calle. Y Clem se dio cuenta de que podría batir parcialmente a los que fueran por su izquierda, pero no a los que lo hiciesen por su derecha, quienes llegarían hasta su espalda fácilmente. Es más, dos

de ellos ya se encontraban situados en el mismo porche y desde allí disparaban contra él, silueteándole con sus balas.

Como no podía, decidió ignorarlo. Y se dedicó a disparar contra los que trataban de rodearle por su flanco izquierdo, logrando alcanzar a uno de ellos. Haciendo un cálculo rápido, se dijo que eran sólo siete hombres los que quedaban a Kley y Rocky Hayes, contándose ellos mismos.

Pero su resistencia no podía durar mucho. Uno de los pistoleros gateó a lo largo del porche y consiguió llegar hasta ocho pasos de Clem. Lo vio vuelto de espaldas, descuidado y sin posibilidad de repeler la agresión. Sonrió siniestramente, mientras levantaba el revólver.

Apretó el gatillo y le saltó la cabeza.

No saltó la cabeza de Clem, sino la del hombre que pretendía matarle.

CAPÍTULO X

El disparo había partido de una de las ventanas de la casa contigua. El cristal de esa ventana se astilló y en el hueco apareció el rostro de Suzy.

Llevaba en la mano derecha un Colt Frontier de calibre pesado.

—¡Voy junto a ti, chico! —gritó.

Dio un ágil salto y se tendió junto a Clem, disparando con su Colt apenas tomó contacto con las tablas. Otro de los pistoleros se dobló, alcanzado en una pierna. Suzy dio entonces media vuelta y vació todo su cilindro contra un pistolero que ya venía corriendo hacia ellos.

—Esto parece el sitio de Atlanta —dijo—. Yo estuve allí, ¿sabes?

—¡Pero Suzy! ¿Dónde aprendiste a disparar de esa manera?

—Yo… No había disparado nunca contra un hombre, ¿sabes? Nunca… hasta hoy.

Temblaba su voz. Clem le acarició los cabellos con la mano izquierda mientras con la derecha levantaba el revólver.

El porche en que estaban, correspondía a dos grandes almacenes aislados del resto de las casas que formaban la calle. Clem pensó si dado lo precario de su situación, convendría refugiarse.

—Empieza a retroceder, Suzy —ordenó—. Yo te seguiré.

—¿Crees que no podremos resistir?

—Aquí es imposible. Acabarían con nosotros.

Ella, sobre sus rodillas, empezó a gatear hacia atrás. Clem hizo otro disparo y notó que se le habían acabado las municiones del cilindro. De un salto se introdujo en el almacén y empezó a recargar el revólver.

Sólo tres pistoleros quedaban en la antes poderosa banda de El Duque, aparte éste y el temible Rocky Hayes. Los cinco se dieron

cuenta de que Clem estaba recargando su arma y aprovecharon la pausa para tomar posiciones.

Desde los nuevos lugares escogidos, acribillaban completamente la puerta tras la que se cobijaban Clem y Suzy. Cuando el joven trató de asomarse un poco para disparar, una bala trazó un segmento rojo en su mejilla, con lo que se dio cuenta de que ahora estaba completamente perdido.

—Siento que tengas que verte en esta situación, Suzy —musitó —. Nunca debiste venir a una ciudad como ésta.

—Me doy por satisfecha si he podido ayudarte —dijo Suzy—. Es extraño y un poco estúpido el modo cómo entablamos conocimiento, Fulton, pero cierto es que he llegado a amarte.

Clem sintió cómo los labios de la muchacha se posaban cálidamente en sus mejillas.

—Yo no me llamo… —empezó a decir, pero se detuvo al darse cuenta de que no era momento para explicaciones.

Todas ellas sobraban si dentro de unos instantes iban a morir los dos.

—Sí, me has ayudado —añadió en voz baja—. Mucho más de lo que tú misma supones. Me has hecho aprender que la finura, la educación, la cortesía y el bien vestir no lo son todo en la vida, sino que un hombre debe tener ante todo sencillez y limpieza de corazón. Lástima que ya no me quede tiempo para practicar lo que tú has logrado enseñarme.

—¡Pero, Fulton, si tú nunca has vestido bien, ni has tenido…!

Él la hizo callar, apretándole suavemente los labios con los suyos. Y las balas, entretanto, restallaron contra la puerta, aullando como canes rabiosos. Clem sabía que sus enemigos se iban acercando cada vez más y que no podía evitarlo.

Pero El Duque pensó que sólo eran cinco y que no convenía que le liquidasen a ningún otro de sus hombres. Por eso ideó un procedimiento mejor que el de estrechar el cerco e intentar al final un costoso asalto.

Sus ojillos se posaron en la figura de la asustada Elizabeth.

—Métele un revólver entre las costillas a esa ninfa —ordenó, secamente, a uno de sus pistoleros—. Le diremos a Fulton que estamos dispuestos a acabar con ella si no se rinde.

Elizabeth vio cómo el pistolero avanzaba hacia ella. Supo leer en

sus ojos la brutalidad que latía en cada uno de sus deseos. Y tuvo miedo, más miedo del que jamás había sentido en su vida.

Su padre era incapaz de defenderla en aquel caso, y ella lo sabía bien.

El pistolero la estrechó por la cintura. La orden de apresar a aquella mujer era la más agradable que le habían dado en su vida.

—Ven, nena. Me gustan las rubias.

Y las rubias dejaron de importarle ya apenas pronunciadas estas palabras. Porque la bala le atravesó el cuello cuando el brazo del hombre aún no había acabado de ceñirse sobre la cintura de Elizabeth.

La muchacha lanzó un grito de horror y Kley, que lo había presenciado todo, lanzó una imprecación. Fulton, o sea, el que todos creían Clem, acababa de aparecer en lo alto del porche frontero, encima de los almacenes donde estaban situados su amigo y Suzy Vermont. Se había dado buena prisa en despegarse del carro y llegar hasta allí. Y su actuación ciertamente, estaba resultando un prodigio.

El Duque disparó mientras la corpulenta figura de Fulton se aplastaba contra el techo. La bala, pese a la gran puntería de El Duque, sólo consiguió rozarle.

Y en aquel momento sucedió algo que iba a variar completamente la escena. El *sheriff* de Abilene llegó con los dos únicos agentes que estaban a su servicio.

Fulton, desde lo alto del porche, respiró aliviado. Esto resolvía favorablemente la situación y les libraba del terrible aprieto en que se encontraban ahora. El Duque, con sólo tres hombres apoyándole, no se atrevía a enfrentarse al representante de la ley, que venía ya acompañado de dos, teniendo en cuenta que otros enemigos estaban dispuestos a intervenir, desde dentro del almacén y desde lo alto del porche.

—¡Vaya, hemos salido bastante bien librados! —suspiró Fulton, levantando un poco la cabeza.

Pero si llega a moverse un poco más, se la atraviesan. Fue el mismo *sheriff* quien disparó contra él.

¡El *sheriff*, quien, junto con sus dos agentes, se ponía abiertamente en contra de la ley!

Fulton lanzó una imprecación que hubiese hecho enrojecer al

opulento industrial Weber.

* * *

Arriesgándolo todo, se levantó a medias, haciendo señas a Elizabeth y su padre para que corrieran a refugiarse en el almacén. Una bala le rozó la oreja haciéndole inclinarse de nuevo, pero ya Elizabeth le había entendido y corría en dirección al porche.

—¡Ese hombre es un salvaje! —Chilló Weber—. ¡Un salvaje!

Fulton comprendió que no podría entrar en el almacén donde estaban refugiados sus amigos si no era haciendo un agujero en el techo, y por eso se dedicó a buscar algún sitio donde éste estuviese medio podrido. No le fue difícil encontrarlo, y se dedicó a golpear enérgicamente con ambos puños para que las tablas cediesen.

—¡No dispares! —chilló desde arriba—. ¡Trataré de entrar! ¡Y ten también en cuenta que Elizabeth se acerca!

Mezclados con la paja, lograron al fin entrar. Varias balas les acompañaron en sus tragicómicas volteretas. Weber resoplando y gimiendo, se puso en pie.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Por fin puedo respirar!

En ese momento, Fulton acababa de comprobar desde arriba que las tablas cedían. De modo que no quiso perder más tiempo y, jugándose otra vez la vida, se puso en pie de un fantástico salto, dejándose caer sobre las tablas ya medio desprendidas. Éstas se vinieron abajo, y él con ellas. En violento mare mágnum, tablas y hombre cayeron de lleno sobre Weber, quien en aquel momento repetía que al fin le era posible respirar.

—¡Salvaje! —Aulló, al ver a Fulton sentado en el suelo, frente a él—. ¡Fiera corrupta! Hija mía. ¿Cómo has pensado casarte con semejante caníbal?

—¡Pero es un hombre! —Dijo inesperadamente Elizabeth, poniéndose en pie—. Un hombre, ¿me entiendes? ¡Y gracias a él he aprendido que la nobleza vale más que una levita bien hecha! ¡Y creo que ésa es la mejor lección que me han dado en mi vida!

Acercándose a Fulton, le besó apasionadamente en los labios. El pistolero se quedó viendo visiones, luego se rascó la nuca y, por fin, por poco se desmaya.

—¡Pero Elizabeth…! —musitó Weber, abriendo la boca en forma de O.

—¡Ni Elizabeth ni cuentos! ¡Quiero a este hombre y me casaré con él te guste o no te guste! ¡Tiene virtudes que en las ciudades del Este no se han visto jamás! ¡Y a su manera, es de lo más educado que he conocido, aunque tú no lo entiendas!

—¡Pero, Elizabeth! —Repitió Weber—. ¿Te atreves a casarte con un hombre que ha volcado un techo encima de tu propio padre?

—¡Sí, sí y si! La primera noche que le conocí me pareció un patán, pero luego he aprendido a ver lo que hay detrás de su coraza. ¡Y lo que hay es el corazón más generoso de Texas!

—El corazón más generoso de Texas es el de mi honorable amigo Cle… Cle… —tartamudeó Fulton.

—¡Cállate o aquí no va a casarse nadie! ¡La ventana!

Fulton obedeció la orden de Clem y saltó hacia aquel hueco, el mismo por el que antes disparaba Suzy. Llegó a tiempo para vaciar medio cilindro en el pecho del *sheriff*, que se disponía a rematarles desde allí.

—Siento no tener treinta balas para que se parezcan más a las treinta monedas de Judas —masculló Fulton—. Éste es el provecho que has obtenido con tu traición.

—¡Sólo quedan cinco enemigos! —Gritó Fulton—. ¡Y vamos a liquidarlos en menos de diez minutos!

Pero el último agente del *sheriff* que quedaba con vida, había decidido no arriesgarse tanto. Se había encaramado al porche, y empleando el mismo sistema que Fulton, se iba arrastrando poco a poco hasta el agujero en el techo. Llegó a él cuando nadie se daba cuenta excepto el banquero Weber, que estaba medio tumbado en el suelo y mirando hacia arriba.

—¡Maleducado! ¡Insolente! —chilló el millonario.

El pistolero apuntó hacia él, y eso fue su perdición. Porque Weber no estaba armado, y en cambio Clem sí. Al joven le bastó dar una agilísima media vuelta sobre el mismo suelo y disparar. La bala se clavó en el estómago de su enemigo, que cayó pesadamente. Y como Weber no se había movido del sitio, otra vez su panza recibió el batacazo de un hombre que caía desde el techo. Empezó a gemir, a maldecir a Texas y a prometer que si alguno de los empleados de sus fábricas era tejano lo despediría inmediatamente.

—¡Tierra de bribones! ¡País de sinvergüenzas! ¡Paraíso de los pistoleros!

—¡Cuatro hombres! —proclamó Fulton.

Y dicho esto salió, sin preocuparle el peligro. Cazó a uno de los pistoleros de El Duque cuando avanzaba gateando por el centro de la calle. Y lo dejó quieto, de bruces sobre el polvo, como si reflexionase sobre lo insignificante de la vida.

Otro pistolero se había acercado demasiado a la puerta. Vio a Clem y Clem lo vio a él. Dispararon los dos a la vez, y mientras el juez sentía cómo la bala le arrancaba cabellos de su cabeza, el otro recibía un sordo golpe entre los ojos. La bala fue definitiva y no le hizo sufrir.

Fue en ese momento cuando oyó la voz de Fulton, el que todos creían el juez Clem.

—¡Vamos a daros una oportunidad, cobardes! ¡La oportunidad de morir en lucha abierta!

El Duque estaba situado cerca de Rocky. Vio cómo brillaban sus ojos.

—Un momento —advirtió Clem—. Yo también entro en el juego, compadre.

—¡Tú te callas!

—O te ayudo o dicto una providencia mandando encarcelarte. Y no podrás salir de entre rejas hasta que el gobernador del Estado haya informado convenientemente.

—Ya puedes emplear tus palabritas. ¡Diantre! ¡Pues si lo deseas seremos los dos!

—¡Aceptamos! —gritó Rocky.

—¡Colocaos en el centro de la calle!

—¡Sal tú primero!

—Trampa —sonrió Fulton—. Trampa, hermanos. Pero yo haré que caigan en ella. Tú, Clem, sal por la puerta.

Clem lo hizo. Fulton saltó ágilmente por la ventana, sintiendo cómo una bala le acariciaba otra vez la oreja herida.

Pero Clem desde la puerta, tenía localizados a ambos traidores, arrodillados muy cerca del porche. Pudo haberlos matado, pero disparó a sus rodillas. Y los hizo retroceder, de varios cómicos saltos, hacia el centro de la calle. Ninguno de los dos se atrevió a emplear el revólver al ver que Fulton les tenía encañonados.

—¡Vamos allá, ratas! —Aulló Clem—. ¡Enfundad vuestros revólveres!

Él fue el primero en enfundar el revólver, y Fulton le imitó. Nunca había defendido su vida como un pistolero más, y la sensación que todo esto le producía era enervante y extraña. Pero era al mismo tiempo una sensación hermosa.

Elizabeth y Suzy Vermont contemplaban como hipnotizadas la escena. Por primera vez se encontraban como dos mujeres iguales, viviendo los mismos peligros y sintiendo en su corazón el mismo amor y las mismas emociones. Por primera vez, algo entrañable y que deshacía todos sus pasados errores, nació entre las dos.

Los cuatro hombres se habían situado ya en el centro de la calle. Clem estaba frente al Duque, y Fulton frente a Rocky Hayes. A ambos lados, en los porches, rostros ansiosos contemplaban la increíble escena.

—¡«Saca», Kley! —rugió el juez.

—¡«Saca», Rocky! —rugió Fulton.

Y cuatro revólveres salieron a la luz. Fueron como cuatro relámpagos seguidos de cuatro fogonazos. Los disparos hicieron estremecer la calle y aullaron en el aire. Con los dientes apretados, rígidos los músculos de sus brazos y sus cuellos los cuatro hombres vomitaron muerte por los cañones de sus revólveres. Pero la muerte no siempre llega al fin de su viaje. Y Kley el Duque, el verdadero rey de Abilene, cayó. Y Rocky Hayes, el pistolero más presumido y más desalmado de Texas, cayó también.

Y Robert Fino Clem, el auténtico juez de la ciudad, cayó tras ellos, pero fue del susto.

—¡Diablos! —exclamó—. ¡Y yo que me quejaba de mi vida de juez! ¡Si resulta mucho más tranquila que la de un pistolero!

* * *

Cuatro días más tarde se celebraba en el juzgado de Abilene una doble ceremonia nupcial.

La sala estaba engalanada, en la ciudad se celebraba fiesta para que todo el mundo pudiera asistir al acto, docenas de personas endomingadas se apiñaban ante la puerta, y los niños del único colegio eran portadores de ramos de flores para obsequiar a las novias en nombre de la ciudad.

El día resultaba radiante, el sol lucía en el firmamento y un vientecillo suave refrescaba la atmósfera.

Todo era precioso, sí.

Pero las dos novias acudían a la ceremonia con lágrimas de desesperación en los ojos.

* * *

Un día antes, a Weber se le había quedado la boca abierta como aun papanatas cuando Clem le dijo que él era el verdadero juez de Abilene, y que, en cumplimiento del compromiso medio adquirido por su padre, deseaba casarse inmediatamente con Elizabeth Weber, la mujer que por su rango le correspondía.

El opulento industrial no comprendió del todo aquellas palabras, y, desde luego, no llegó a creerlas. Pero necesitó sentarse cuando el mismo Fulton dio su confirmación a las mismas.

—Sí, señor. Yo no soy más que un pobre pistolero llamado Fulton Telebuantekelt El hecho de que cambiásemos de identidad fue una combinación para mejor limpiar la ciudad de alimañas. Ya habrá notado usted que no soy más que un patán y que eso se advierte en todos mis actos, mientras Clem es un auténtico señor. Y, ciertamente, quiero casarme con Suzy Vermont, la mujer que me corresponde y con la que mantuve cierta correspondencia a efectos de matrimonio.

—¡Pero si yo no te amo! ¡Yo amo a Clem! ¡Clem es mío!

—¡Y yo te amo a ti, Fulton Tele… como te llames! —Se adelantó Elizabeth—. Tú me has enseñado que yo era hasta ahora una mujer superficial y vana. ¡De ti he aprendido cómo tengo que vivir!

—Y Clem me ha enseñado que yo no era más que una mujer estúpida que se complacía en su propia ignorancia —sollozó Suzy —. ¡Sin él no podría vivir ahora! ¡Él ha cambiado mi existencia entera!

—Éramos cuatro personajes situados en cuatro extremos —reconoció tristemente Clem— y cada uno de nosotros, al juntarse con el polo opuesto, ha aprendido a hallar el justo término medio. Los cuatro hemos mejorado. Pero, fuera de esto, la vida se impone, y cada hombre debe estar con la mujer que le corresponde. Efectuaremos nuestros matrimonios con arreglo a lo que cada uno pensaba al llegar a Abilene, o sea conforme a la razón y a la lógica. Y es inútil que protestemos. Así debe ser y así será.

—¡Por fin empiezo a creer que Texas es una buena tierra! —

Bramó Weber—. ¡Ajajá, esto es hablar bien! —Y dirigiéndose a Clem—: ¡Ven a mis brazos, hijo mío!

Clem se acercó a él y le puso tímidamente ambas manos en la espalda.

—Siento no poder abrazarle bien, querido suegro. ¡Está usted demasiado gordo…!

* * *

Bueno, y por eso las dos mujeres iban llorando el día de su boda.

Las dos vestían trajes de ceremonia blancos y completamente iguales, resaltando en cada detalle su prodigiosa hermosura. Sus cabelleras rubias estaban peinadas del mismo modo. Elizabeth iba del brazo de su padre, muy orondo y satisfecho, y Suzy del brazo del presidente de la junta de vecinos, quien jamás había llevado a su lado una mujer tan guapa.

Entraron en la sala. El encargado de unir a las parejas en matrimonio, un juez suplente, pues el mismo Clem no podía autorizar su propia boda, estaba ya allí.

Se colocaron frente a él dos parejas, y una vez se hubo producido el silencio en la repleta sala, el juez suplente comenzó a hacer unas breves consideraciones sobre los deberes del matrimonio. Luego, preguntó:

—¿Quiere Robert Clem Ramsay por legítima esposa a esa mujer?

La fórmula no era la usual, y en la sala hubo risas pensando que el juez suplente también los había confundido a los dos.

—¿Quiere Fulton Telebuante… Telebuan… Telebuantekelt Mallory a esta mujer por legitima esposa?

—¡Sí! —gritaron los dos hombres.

Las mujeres asintieron también tímidamente con la cabeza, mientras las lágrimas resbalaban a raudales por sus mejillas.

—En uso de mis atribuciones y según la ley de este Estado, voy a proceder a uniros en matrimonio.

Leyó simplemente la fórmula y, sin mirar concretamente a nadie, dijo:

—Os declaro marido y mujer.

La costumbre inveterada era que los novios se besasen. Hubo un murmullo general en la sala cuando Elizabeth, llorosa, se enfrentó a Clem, y cuando Suzy, gimiendo, ofreció sus labios a Fulton. Pero el

murmullo se convirtió en alarido de estupor cuando Clem, en lugar de besar a Elizabeth, fue al encuentro de Suzy, y cuando Fulton abandonó a ésta para recibir en sus brazos a Elizabeth.

—¡Esposa mía! —gritaron los dos hombres, casi a la vez.

—Pero ¿qué es esto? —Aulló Weber—. ¡Eh, que se confunden! ¡Caballeros!

—Nada de confusión —decretó el juez suplente—. Tengo en mi poder un documento legalmente extendido por el que Robert Clem autoriza a Fulton Tele… lo que sea para representarle en la ceremonia, y viceversa. De modo que, al preguntar a uno, éste respondía por el otro, y como he empleado la fórmula «esta mujer», refiriéndome claramente a la que tenían al lado, las respuestas han unido en matrimonio a estos personajes de la forma que usted ve. ¿Quiere comprobar el documento? ¡Ah, y a propósito! Tengo un oficio en mi poder por el que se nombra a Fulton Tele… lo que él quiera, *sheriff* titular de Abilene. ¿Desea comprobarlo también?

Weber vio cómo las dos parejas se besaban, ebrias de felicidad. Y se dijo que todas, incluso él, habían aprendido mucho en aquella aventura. Tuvo que dominar un suspiro de alegría que le brotó del alma. Pero como aún se consideraba obligado a adoptar un papel de padre severo, bramó:

—Lo dicho. ¡No hay quien viva en Texas!

En aquel momento resonaron golpes en el tejado. Weber, que estaba justamente debajo, se puso a temblar.

—¿Qué… qué sucede? —preguntó.

—Lo siento, señor. Están arreglando el techo.

—¿El techo? ¡Vámonos pronto de aquí! ¡Pronto! ¡Pasad la luna de miel donde queráis, pero no en Texas! ¡Uf! ¡Llevadme a un hotel que no tenga techo, hijos míos! ¡Maldita… y deliciosa tierra de Texas!

Guiñó un ojo al juez suplente y se colocó entre las parejas, dando el brazo a las dos mujeres. Y así, entre las dos suculentas rubias, salió a la calle. Y jamás Weber, el hombre que creía tenerlo todo, se había sentido tan feliz como entonces. Y jamás había percibido tan claramente la envidia con que le miraban los demás hombres.

Y por esta vez el techo no se hundió hasta que todos hubieron abandonado la sala.

FIN



Jerry Cotton
LA NOVELA POLICIACA DE MAS EXITO EN TODO EL MUNDO
BRUGUERA

GANE 1.000.000 DE PESETAS

GRAN CONCURSO MENSUAL

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE . . . .

APELLIDOS. . . . .

CALLE. . . . . .No . . . . .

POBLACION . . . .

PROVINCIA. . . . .

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA. . . . .

PLAZA O CALLE .No . . . . .

POBLACION . . . .

PROVINCIA. . . . .



• INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
75 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA